

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR · PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE OCTUBRE DE 1923

AÑO IV.

Número 60

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



ASTRA ASTRA
REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES:

ESPERANZA Y UNCETA. { GUERNICA ~ (VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL { A.V.D BERNABÉ & MAYOR 86 MADRID &

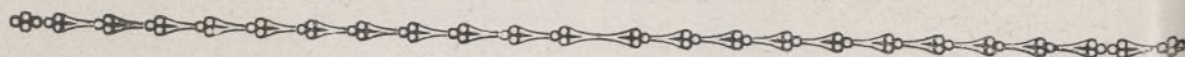
Unica reglamentaria en el Ejército.

**Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.**

CALIBRES, 9 mm. 7'65 6'35

**Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de**

ARMAS Y LETRAS



Ayuntamiento de Madrid

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL
EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de
instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Cen-
tros, dependencias oficiales, oficinas del ejérci-
to o con cualquier manifestación de deporte o
ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y
verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar precepti-
va, por Fernando de Altola-
guirre. De texto en la Academia
de Caballería. Único libro de con-
sulta, sobre tal materia, para el
Cuerpo de oficiales. Precio, con el
apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor.
Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído
nada más apropiado. Cerve-
ría-Bar, servido por señoritas.
Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo,
hoy enjuto: es que uso las FA-
JAS DE JUSTO. Probarlas es
adoptarlas. Carmen, 10, corse-
tería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Pro-
pietario, Miguel Simón. Servi-
cio esmerado. Los militares, me-
diante la presentación del carnet
militar, obtienen una bonificación
del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.— Cami-
sería. Ropa blanca. Equipos.
Canastillas. Batas. Especialidad en
blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fá-
brica de paños en Béjar. Pro-
veedor de la Cooperativa del Mi-
nisterio de la Guerra. Se remiten
modelos de prendas a las Juntas
económicas. Talleres: San Marcos,
36 y 38. Madrid.

Disponible

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Ti-
rantes, Fiadores, Charrete-
ras, Dragonas, Hombreras,
Pajines, Fajas, Forrajeras,
Galones, Soutaches, Cordo-
nes de ayudante, para me-
dallas, bastón, Espadas, Es-
padines, Sables y Condeco-
raciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas,
Plumeros, Gorras, Gorros,
Roses, Entorchados, Boto-
nes, Emblemas, Números,
Estrellas, Bordados, Cintas
Rosetas, Lazos, Canutillos,
Lentejuelas y Materiales
para bordar

un buen jinete
hace un buen

Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata**



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

ANUNCIOS "Los Tireleses"

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Rómulo)

Tres carnets para identidad 3 pesetas.
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 pesetas. Novedad foto-
gráfica, 33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartitas, cintas, esmaltes, 5 pesetas

**COMPANIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles.
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas.
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Joyería Hispano-Belga

MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garanti-
zada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS
NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO A. PAJARES
LAMPARAS DE TODAS CLASES Jardines, 7 y 9
Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los
militares que lo acrediten.

Construcciones en zinc, plomo, palastro y cha-
pa galvanizada.
Hilario Puerta García. *.* Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del Monte **Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería).**

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases.
Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

LA OCASION COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos.

Mayor, 58

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono 2485, M
Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas. acco-
sorios de toda clase. Cintas, papel, car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE OUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de
Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y
Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, OUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso
de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, San-
ta Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puer-
to Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de
Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernan-
do Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especia-
les de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea
de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Com-
pañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servi-
cio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes
para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anun-
ciarán con la debida oportunidad.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4,
MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goetz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. • • • • • Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojes de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos,
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos
y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicycletas, Objetos de arte y fantasía, y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERÁ DE LAS VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA EN EL NEGOCIO PUEDEN PROPORCIONARLE

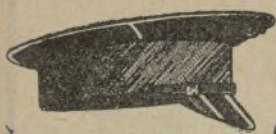


Roca

Fotografía

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TE TUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEGAS

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

Grandes Almacenes de

SALVADOR DELTELL

(Casa del Valenciano)

CONSTRUCCIÓN DE TODA CLASE DE CORRAJES Y EQUIPOS DE CABALLO PARA EL EJÉRCITO
COMPRA Y VENTA DE TODA CLASE DE DESECHOS MILITARES EN CUALQUIER PUNTO DE ESPAÑA

Ribera de Curtidores, 18

MADRID

Se pagan altos precios

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBREAS.—CASCO, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO

TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32

TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



**BEBED
AGUA FARGAS**



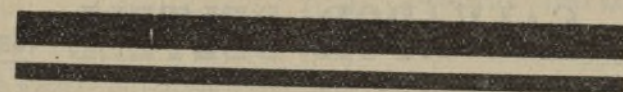
BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinares.

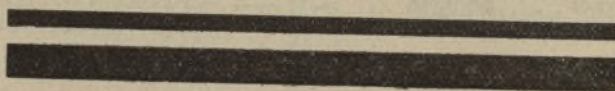
FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.-MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la Instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

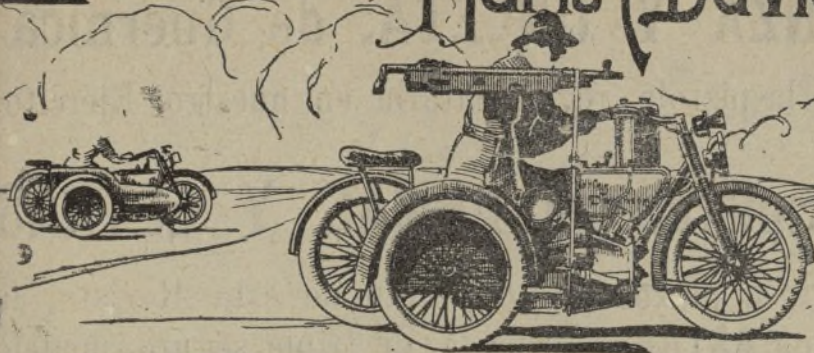


**RESERVADO PARA LA
PIANOLA "AEOLIAN"**



LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

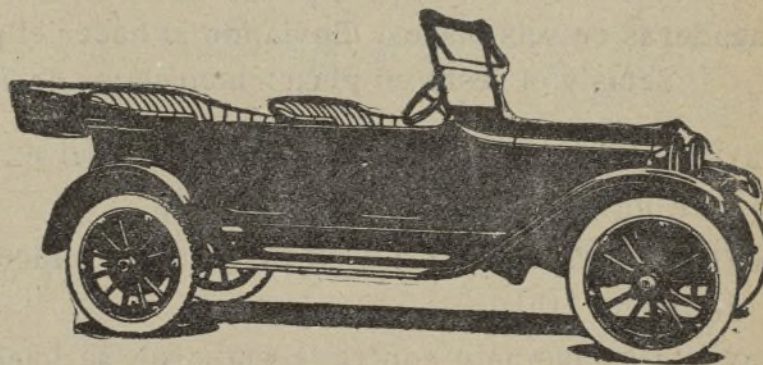
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.--MADRID

PEDRO ANDION

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cuties y terlices para colchones.—Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.
Gutaperchas. :: :: :: :: :: :: :: :: Lanillas para banderas.

TELÉFONO 14-87 M

IMPERIAL, 8 Y 16 Y BOTONERAS, 8

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

CASA MUÝ BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

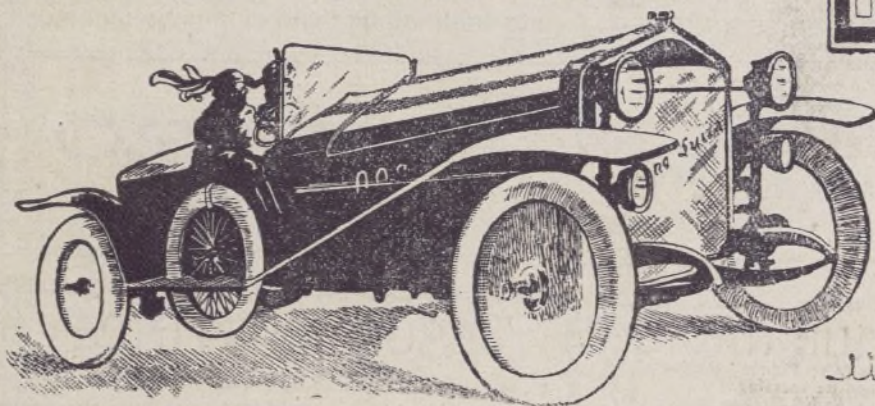
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



Gráfica Universal, Princesa, 14. MADRID

Ayuntamiento de Madrid



ENTRE JUAN Y PEDRO

—Ya estarás contento, maño: ya s'ha díó el paisaño aquel que nus mandaba por lo civil...

—Oye ¿te dijo a tí adiós? por que...

—¿Como quíes que dijera ná si tenía la mar de prisa? ¿no ves que le dijeron asina como si no se le hubia perdío aquí ná?

—A lo mejor, estuvieron desageraos con hacelo marchar: después de tóo, no hizo na malo el buen señor.

—Y que debía pensar hacer algo güeno, porque había pedío una de pesetas, que ríete tú de aquel que llamaban capitán grande.

—Güeno ¿amos a dejar en paz?

—Ya está dejao... ¿qui'hacemos ahora?

—Por eso igo yo, porque me paece que le estamos dando mucho palique al gachó ese de la Krín.

—Si palique... como que son palabricas lo que dan los aeroplanos: pregúntale al moro ese que nus trae tabaco: hice que en tóo aquello de Alhucemas no hay denguna casa ya y que tóos los que vivían allí se han metido adrento del monte...

—Malo, rediez: dende el monte, agazapaos, cuanto tios puéen cazar mucho...

—Y si les dejás tiempo pa que s'hagan el chozo...

—Sí; pero; mira pa que luego, cuando andemos p'alante, podamos sentarnos en cualesquier puesto, hay que llevase la silla y hay qui hacela y cargao, no se anda de prisa ¡reconcho!

—Pero ¿t'ha dicho alguien que corras?

—A mí, no: pero es que hay quien se creé que tóo el monte es orégano, y no hay más que irlo arrancando...

—Nadie se lo pué figurar asina, pero, no le des güeltas Juanico; el caminar despacio, euando hace calor, no es malo, pero, si sopla el cierzo, no viene mal un poquico de corría pa no quease escachumizao de frío...

—Tíes razón, maño; pero, aún no ha venío el invierno.

—No; si el frío que yo digo, no es el de las nevás y ventisqueros: ícia yo, ese frío que se siente adrentro, que te quita las ganas de hacer ná...

—¿Ya empiezas con las cosas enreverás que ni tú entiendes?

—Sí; muy enreverás: como que no sale tóo lo que igo yo...

—En algunas cosas, aciertas, si señor, pero ¡eres tan fantasioso!

—Mucho: di tú que agora los generales que mandan en tóo, como no dan a vasto a comer... porque ¡hay que ver como estaba la cosa rediela!...

—¿Que si estaba? aguarda y verás...

—Por eso igo yo que hasta que no barran allí, no escomenzará aquí la limpieza...

—No: aquí, ya se ha barrío lo que hacía falta y el general qu'ha venío, no tiée qu'esperar naa: le ício, como aquel de la feria de Calmoral...

—¿Qué le dijeron?

—Pues mú poco: ¡Chiquio! ¡jarrea p'alante y tira pa donde quieras!...

—Eso es decir mu bien dicho ¿ha venío ya ese chiquio?

—Por aqui, entoavía no, pero anda por el otro lao y en cuantico que lo vea tóo, pas, ya estamos arreando y no pa tras, como quería aquel que se jué...

—¿Quico, el de la madrugada, s'ha marchao?

—Y anas furioso que un gato cuando ve a un perro que lo encorre... y ¿sabes lo que ice?

—¿Que no provoquemos a estos?

—Que no quíe naa con España y que no piensa volver en una temporáa...

—A lo mejor s'ha ido con el de la Krim...

—No te diría que no, ni que si, pues como madrugada tanto, nunca tié calor.

—Ascucha, maño ¿y por qué lo han dejao marchar? ¿no ícian que ha hecho muchas cosas feas?..

—Ya, ya vendrá cuando haga falta, aspera que se sepa tóo lo que hizo...

—Pos ya está visto: aquello que tú ícias de que no tóos perdían, es por que el...

—Ese, no ha perdío en su vida náa...

—Hombre, alguna cosa habrá perdío, porque, si tu no ties mecha es que te l'han quitao o l'has perdío...

—Sí, pero si no la he tenío nunca...

—Pos no la pués perder...

—Si eres más despabilao...

—Mucho; pero me parece a mí que aquí, hace falta tóo ¿no crees tú que si dejas al lobo mucho tiempo quieto en el monte, lo conocerá y tendrá muchos agujeros ahonde metese y te volverá loco y hasta pué que no lo encuentres?

—Sí; pero como aquí, no hay que cazar dengún lobo...

—¿No vamos a dir hasta...?

—Hasta donde haga falta ¿que mas te dá coger al lobo o que vaya corriendo en cuanto echas p'alante?

—¡Hum! pa poer andar, ya es bastante, pero ¿y si cuando llegue a un puesto que le convenga, se para y te dá el morro?

—Tóo lo que quieras, pero, como aquello de lo civil, nos tuvo tan paraos, agora, antes de echar p'arriba, hay que mirar el que alguna piedrusca pueda hacernos resbalar.

—No está mal, lo de pensalo, no, pero, no tanto ¡recontraj que aluego, tóo serán trampas y...

—¿Pa que crees tú que están volando tanto, tóos esos de los aviones?, pa icirnos por ahonde hay barro y que podamos dar la güelta y llegar, sin dejarnos las albarcas en alguna charca.

—Pué que tengas razón, pero mía que en ese Cerro de la Tazza, no los dejan parar y un día son quince u veinte y al otro ciento y...

—Déjalos, maño, déjalos... eso lo hacen pa que creamos que nos puéen cortar el paso, en cuantico que manden arrear, verás tú como corren...

—Sí; a esperanos en los rinconcicos, bien abrigaos; si el día aquel, hubíamos seguío, agora, no

tendrían pensao, ahonde metese pa ponernos trampas.

—¡Mía qu'eres tozudo! si entonces nos hicieran parar ¿quies que ahora, nos echemos p'alante sin mirar lo que hay?

—Güeno, iremos ahonde quieras y como quieras, pero que haiga la comprenencia de que si denantes hubíamos ido, habríamos corrió más y no que ahora...

—Pero, si eso lo sabe too el mundo...

—Sí, lo saben; pero ya verás: si nos metemos en el monte y hay que parar pa deshacer alguna trampa, denguno se acordará de que nos hicieron parar, pa dales tiempo de que lo hicieran...

—¿Crees tú que el del alba...?

—¿Ese?... sí, ese, como ha perdío perras con tóo esto, paice que si que s'acuerda...

—¿Cuando vas a escarmentar de ser tan malicioso? enseguida te feguras...

—Las figuraciones... ¡cosas mías! lo mismo hacía en el pueblo cuando alguno, pa ir al trinquete, me hacía dar la güelta y que no paráramos por la casa de la guardia civil... ¿creerás tú que ese gachó u lo que sea, se dió por el gusto de dirse?

—Bueno; no seas pelma: si se marchó ¿que más quieres?

—Sí; ¿y los que se juearon pal otro mundo, por no dirse él?...

—Amos, calla, fantasioso ¡que ties más figuraciones!...

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE

PARA PASAR EL RATO

La mejor forma de gobierno es un ama de ídem, sobre todo si tiene buenas formas.

La mujer es la perla de la perfección; por eso cuestan caras y algunas salen falsas.

Los nervios de las mujeres son las cuerdas del violín del capricho.

El hombre es una máquina de daguerreotipo: los ojos son el objetivo: la cabeza la cámara oscura y el corazón la plancha.

El garbanzo es la cebada de los españoles.

No firmes artículo que no escribas, ni plagies obras muy conocidas.

El dinero del suscriptor engorda al caballo del editor.

La falsa modestia es el peor de los orgullos.

Al que no madruga, Dios le ayuda.

A duro regalado no hay que mirarle el año.

Quien bien te quiera, te dará dinero.

DEMASIADO TARDE

POR

PEDRO MATA



Con la fina tarjeta en la mano se quedó un momento indecisa y confusa.

—¿Ha dicho usted a ese caballero que el señor no está en casa?

—Sí, señorita; pero dice que es igual que le recibiera usted.

—Bueno, que pase.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

Tiró sobre el sofá el periódico que leía, se arregló ante el espejo los rizos del peinado y avanzó hacia la puerta, al encuentro del visitante, que llegaba ya decidido, taconeando firme, las manos extendidas, sonriente y afectuoso.

—Hola, Carmencinta, ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Ya me han dicho que Máximo no está, pero como mi visita no tiene más objeto que despedirme de vosotros y llevo los minutos contados, he querido, por lo menos, saludarte a ti. Perdóname si...

—Hijo, por Dios, al contrario... Te lo agradezco mucho, ¿Tu madre bien? ¿Tus hermanas?...

—Sí, muy bien; gracias.

—Siéntate.

Frente a frente, ella en un sofá, él en un silloncito, estuvieron un instante callados, mirándose a los ojos.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana en el exprés. Voy a París. Pasaré allí unos días, y después, directamente, a Copenhague.

—Tú has estado allí ya, ¿no?

—Sí, de secretario. Ahora voy de ministro.

—Ya lo hemos leído. Que sea enhorabuena. Porque supongo que irás contento.

—¡Figúrate!

—¿Y qué? ¿Cuántos días has estado en Madrid?

—En Madrid, muy pocos. En España, quince; pero los he pasado casi todos en Valencia.

—¿Con tu madre?

—Claro. Hace diez años que no la veía.

—Eso es lo malo de vuestra carrera.

—Algún inconveniente había de tener.

Callaron de nuevo y de nuevo se miraron al fondo de los ojos. También ellos hacía diez años que no se veían. Al encontrarse ahora frente a frente, en este ambiente de dulce confianza, en el recogimiento de este gabinete tan pequeño y tan íntimo sentíanse los dos, de pronto, acobardados y sobrecogidos, poseídos de una gran tristeza, de una melancolía muy honda que se filtraba poco a poco en sus almas, como se iban filtrando las sombras de la tarde por los visillos blancos del balcón. Se conocían desde niños. Tenían la misma edad. Habían jugado juntos. Juntas despertaron sus almas a la visión del mundo y se contaron mutuamente los pequeños secretos de la vida. Se habían querido como dos hermanos: un cariño muy grande, mucho más que amistad y mucho más que amor; un cariño sin celos, sin envidias, sin egoísmos, generoso y bueno, todo honradez y todo castidad. A medida que crecieron, la intimidad se fué haciendo mayor. Ella le refería sus cuitas, le relataba sus secretos, le pedía consejo en los trances difíciles, y él acudía a dárselo, bondadoso y solícito, con la sinceridad de un padre que vela por su hija y la tolerancia amable de un hermano mayor.

Un día Román terminó la carrera, hizo oposiciones y se marchó de España. Las cartas iban y venían llenas de confidencias y revelaciones, consultas y consejos. Toda la historia de las relaciones con Máximo desfiló por ellas en un largo relato ingenuo e íntimo, sincero como una confesión. Cuando llegó, por fin, la noticia del matrimonio, él pidió una licencia, vino a Madrid y asistió a la boda. La vió feliz, radiante de alegría. En un momento que se quedaron solos le estrujó las manos.

—¿Estás contenta?

—Sí.

—¿Le quieres?

—Mucho.

—¿Crees que te hará feliz?

—¡Hombre!... El parece bueno. Parece que me quiere. Yo le quiero mucho; pero feliz..., feliz..., ¡quién puede saber eso!

Y había tanto dolor en esta duda, que él, conmovido, la estrechó contra su corazón.

—Sí, Carmencita, serás feliz. Lo serás, porque lo mereces.

Pero, a partir de aquel día, la intimidad cesó. Ya las cartas no iban y venían llenas de confidencias y revelaciones. Eran cortas, rápidas, secas, insustanciales, de una cortés y fría indiferencia, tanto más fría cuanto más cortés.

Al cabo de cinco años, aprovechando un traslado de legación, Román volvió a Madrid y fué a verla. Máximo estaba en casa y le invitó a comer. Aceptó loco de alegría, con la ilusión de tenerla toda una tarde frente a frente. Como el día de la boda, en un momento que se quedaron solos, la estrujó las manos.

—¿Eres feliz?—le preguntó.

Ella sonrió y contestó que sí, pero con una sonrisa tan amarga y una tristeza tan profunda en los ojos, que él comprendió en el acto toda la enormidad de la mentira, y abrumado, no supo qué decir.

Salió de allí con el alma desolada para buscar quien le informase. Le informaron pronto. Máximo era un miserable, un canalla; ella, una pobre víctima. La revelación le causó tanto daño, que no tuvo valor para volver a verla y se fué de Madrid sin despedirse.

Ahora, después de diez años, se encontraban de nuevo. Y al verse cara a cara, sin testigos y a solas, en el dulce recogimiento de este gabinete tan pequeño y tan íntimo, a los melancólicos reflejos de la tarde que empezaba a morir tras los visillos blancos del balcón, los dos sentían que en sus almas se filtraba lentamente una inmensa tristeza, la tristeza acumulada de todos los recuerdos, de los días felices que pasaron para no volver más.

Por fin, ella fué la que rompió el silencio.

—¿En qué piensas?

—En ti.

—Me encuentras muy vieja, ¿verdad? Muy estropeada.

—¡Qué tontería!... Te encuentro como siempre: muy hermosa y muy linda.

—¡Por Dios!... No digas eso. Estoy estropeadísima. Es natural, hijito. Aunque no sea más que el tiempo. Han pasado quince años.

—Quince años..., ¿verdad?

—Además, he sufrido mucho.

—¿No eres feliz?

—¿Feliz? ¡Quién es feliz en este mundo! ¿Lo eres acaso tú?

—¿Yo?

—Y eso que tú, ya ves, eres hombre, libre, soñador, independiente...

—¿Crees que es esa la felicidad?

—No. Tienes razón. Tampoco es esa. Verdaderamente, tú has debido casarte. ¡Qué raro!... Un hombre como tú, de tus condiciones... ¿Cómo no te has casado, Román?

—Me haces una pregunta que me estoy yo formulando diariamente desde hace mucho tiempo y a la que nunca puedo contestar. ¿Por qué no me he casado? ¡Qué sé yo! Probablemente, porque no encontré una mujer en mi camino.

—No la buscarías mucho.

—También tienes razón. No la busqué. Creo que estas cosas no se deben buscar. Se busca un título, una dote, un suegro influyente, todo lo que significa convenciencia y ventaja. Eso sí, se busca y se encuentra; pero ¿la dicha? La dicha, como la fortuna, como la gloria, no quiere que la llamen a gritos. Llega sola, un día, casualmente, cuando menos se espera, o no llega jamás.

—Sin embargo, tú has debido casarte. Un hombre como tú, tan bueno, tan cariñoso... No es posible que no fueras feliz.

—No basta la bondad. Ahí tienes tu caso. Más buena que tú..., y ya ves.

—Mi caso es excepcional.

—No: es el corriente... Vuelve los ojos a tu alrededor y te convencerás. Casi siempre que se unen dos personas, una acaba por ser verdugo y otra víctima. Es muy difícil, muy difícil, que se junten dos personas igualmente buenas. Esa fué nuestra equivocación. Yo debí casarme contigo. ¡Contigo sí que habría sido yo feliz! ¿Y tú?...

Ella clavó en él sus grandes ojos negros y contestó, sin vacilar:

—Yo también.

—Ese ha sido nuestro tremendo error. Tener la felicidad a nuestro lado y dejarla pasar, creyendo que la volveríamos a encontrar cualquier día en cualquier otra parte. Y no; la felicidad sólo pasa una vez en la vida.

—Yo sí lo pensé, pero como tú nunca me dijiste nada...

—Es que yo entonces no sabía estas cosas. Te quería tanto, tan verdaderamente, que me contentaba con que fueras feliz. Cuando el día de la boda, toda vestida de blanco, me dijiste que te sentías contenta, me dió una alegría tan grande que no pude pensar en nada más. Te lo juro: no tuve envidia, ni celos, ni resquemores; nada. Me pareció aquello tan natural, que tu felicidad fué para mí la mayor de las alegrías. Yo empecé a pensar en estas

cosas tristes muchísimo después, el día que supe que no eras dichosa. ¿Te acuerdas? Fué hace diez años. Tú no me lo quisiste confesar, pero yo lo adiviné y otros después me lo confirmaron. Tú no sabes cuánto sufrí aquel día. Tú no sabes el trabajo, el esfuerzo que yo tuve que hacer para resistir la tentación de venir a buscarte y decirte:—No quieras a ese hombre; no estés con él; no lo mereces. Tú eres muy buena, tienes derecho a ser feliz, y yo vengo a traerte la felicidad.

—¡Qué locura!

—Por eso me marché sin despedirme; por eso no volví, porque era una locura. Me asustó la idea de que mis palabras te ofendiesen, de que interpretaras mal mis sentimientos. Tuve miedo de que creyeras que era deseo de ti lo que era anhelo de tu felicidad. Hoy los años han pasado, estamos los dos un poco viejos y no hay peligro de que las palabras se interpreten mal. Por desgracia, sabemos demasiado que las cosas que pasaron ya no tienen remedio, que hay que aceptar como son los inescrutables designios de la vida. Lo único verdaderamente atormentador es el remordimiento. ¡Cada vez que pienso que tú tenías derecho a ser feliz, que has debido serlo y no lo eres por torpeza mía!...

—No digas eso. ¡Tú qué culpa tienes!... Es la vida, la vida, que es así.

Un violento repiqueteo del timbre los estremeció.

—Tu marido.

—Sí, él debe de ser.

Los dos se pusieron bruscamente en pie. Ella estaba muy nerviosa y muy pálida. Maquinalmente buscó la llave de la lámpara y dió luz. Pasó un minuto, dos, tres... Impaciente, tocó el timbre y asomó la doncella.

—¿Quién era?

—Nadie, señorita: la cocinera que ha vuelto de un recado.

Respiraron como si se quitaran un gran peso de encima. Pero el encanto estaba ya deshecho. El le tendió la mano.

—Adiós, Carmen.

—¿Te vas? ¿Por qué no te quedas a comer con nosotros?

—¡Con vosotros! Contigo, sí. Esa sería mi mayor alegría. Comer contigo, juntos los dos, solos...

Carmen le oprimió dulcemente la mano.

—Quédate.

Y como vacilase, insistió:

—Quédate.

—No, gracias. Vendría tu marido y... No, no; prefiero comer solo. No quiero que nadie ni nada me distraiga del recuerdo de ti. ¿Y tú? ¿Te acordarás de mí?

Ella bajó los ojos y no dijo nada.

—Adiós, Carmen.

—Adiós Román.

Le acompañó hasta la puerta. Luego se asomó al balcón y le siguió con los ojos hasta que el coche se perdió tras la esquina. Cerró los cristales, apagó la luz, se tendió en el sofá, entornó los párpados y así se estuvo mucho tiempo, quieta, inmóvil, como dormida, como muerta. Cerca de las ocho la doncella entró con una carta. Era de Máximo, avisando que no iba a cenar; dos líneas secas, con la noticia en crudo, sin excusas. Tuvo un momento de vacilación. Mas sólo fué un momento. Se vistió rápidamente, salió a la calle y en el primer taxímetro que halló se dirigió al Palace Hotel. Iba gozosa, loca de alegría, palpitante de emoción y de felicidad.

—¿Don Román Verdaguer?

Consultaron un libro, hablaron por un tubo.

—El señor Verdaguer no está aquí ya. Se ha marchado esta tarde a París.

Con la cabeza baja, llenos de lágrimas los ojos, salió del hotel y volvió al «auto».

—¿Adónde, señorita?

—A la Castellana... A los bulevares... Donde no haya gente.

Entró en el coche y se dejó caer sobre el asiento, llorando a todo llorar.

PEDRO MATA



UN SILBIDO

Por VICENTE BLASCO IBAÑEZ

El entusiasmo caldeaba el teatro. ¡Qué debut!
¡Qué *Lohengrin*! ¡Qué tiple aquella!

Sobre el rojo de las butacas, destacábanse en el patio las cabezas descubiertas, o las torres de lazos, flores y tules, inmóviles sin que las aproximara el cuchicheo ni el fastidio, en los palcos, silencio absoluto, nada de tertulias y conversaciones a media voz; y arriba, en el infierno de la filarmonía rabiosa, llamado irónicamente paraíso, el entusiasmo se escapaba prolongado y ruidoso, como un inmenso suspiro de satisfacción, cada vez que sonaba la voz de la tiple, dulce, poderosa y robusta. ¡Qué noche! Todo parecía nuevo en el teatro. La orquesta era de ángeles; hasta la araña del centro daba más luz.

En aquel entusiasmo tomaba no poca parte el patriotismo satisfecho. La tiple era española: la López; sólo que ahora se anunciaba con el apellido de su esposo el tenor Franchetti; un gran artista, que, casándose con ella, la había hecho ascender a la categoría de *estrella*. ¡Vaya una mujer! Legítima de la tierra! Esbelta, arrogante; brazos y garganta con adorables redondeces, y los blancos tules de Elsa amplios en la cintura, pero estrechos y casi estallando con la presión de soberbias curvas. Sus ojos negros, rasgados, de sombrío fuego, contrastaban con la rubia peluca de la condesa de Brabante. La hermosa española era en la escena la mujer tímida, dulce y resignada que soñó Wagner, confiando en la fuerza de su inocencia, esperando el auxilio de lo desconocido.

Al relatar su ensueño ante el emperador y su corte, cantó con expresión tan vagorosa y dulce, los brazos caídos y la extática mirada en lo alto, como si viese llegar montado en una nube al misterioso paladín, que el público no pudo contenerse ya, y como la retumbante descarga de una fila de cañones, salió de todos los huecos del teatro, hasta de los pasillos, la atronadora detonación de aplausos y gritos.

La modestia y la gracia con que saludaba enardecía aun más al público. ¡Qué mujer! Una verdadera señora, y en cuanto a buenos sentimientos, todos recordaban detalles de su biografía. Aquel padre anciano, al que todos los meses enviaba una pensión para que viviera con decencia, un viejo feliz que desde Madrid seguía la carrera de triunfos de su hija por todo el mundo.

Aquello era comovedor. Algunas señoras se lle-

vaban a los ojos una punta del guante, y en el paraíso un vejete lloriqueaba, metiendo la nariz en el embozo de la capa, para sofocar sus gemidos. Los vecinos se reían.—¡Vamos, hombre, que no era para tanto!

La representación seguía su curso en medio de los ecos del entusiasmo. Ahora el heraldo invitaba a los presentes, por si alguno quería defender a Elsa. Bueno. Adelante. Aquel público que se sabía



de memoria la ópera, estaba en el secreto. No se presentaría ningún guapo. Después, con acompañamiento de tétrica música, avanzaron las damas veladas para llevarse la condesa el suplicio. Todo era broma. Elsa estaba segura. Pero cuando los bravos guerreros brabanzones se agitaron en la escena, viendo a lo lejos el misterioso cisne y su barquilla, y se fué armando en la imperial corte una batahola de dos mil demonios, el público, por acción refleja, se movió ruidosamente, arrellenándose en el asiento, tosiendo, suspirando, revolviéndose para hacer provisión de silencio. ¡Qué emoción! Iba a presentarse Franchetti, el famoso tenor, un gran artista, de quien se murmuraba que había casado con la López buscando una compensación

para sus facultades decadentes, en la frescura y valentía de su mujer. Aparte de esto, un maestrazo que sabía salir triunfante con auxilio del arte.

¡Ah!... Ya estaba allí, de pie en el esquite, apoyado en la larga espada, el escudo abrazado, cu-

miró al paraíso con el ceño fruncido; pero arriba la protesta fué más ruidosa. ¡Granuja! ¡Canalla! ¡Golfo! ¡A la cárcel con él! Y todo el público, arremolinándose, de pie y con el puño amenazante, señalaban al v. jete que, cuando cantaba la tiple metía la nariz en la capa para llorar, y ahora se erguía intentando en vano hacerse oír. ¡A la cárcel! ¡A la cárcel!

Pisando gente entró la pareja, y el viejo pasó a empujones de banco en banco, abofeteando a todos con su capa caída y contestando con desesperados manoteos a los insultos y amenazas, mientras que el público rompía a aplaudir estrepitosamente, para animar a Franchetti, que había interrumpido su canto.

En el pasillo detuviéronse el viejo y los guardias, respirando ansiosamente, magullados por el gentío. Algunos espectadores les siguieron.

—¡Parece imposible!—dijo uno de los guardias. —Una persona de edad y que parece decente...

—¿Y usted qué sabe?—gritó el viejo con expresión agresiva.—Mis razones tengo para hacer lo que he hecho. ¿Sabe usted quién soy yo? Pues soy el padre de Conchita, de esa que se llama en el cartel la Franchetti, de la que aplauden con tanto entusiasmo los imbéciles. ¡Qué tall!... ¿Les parece raro que silbe?... También yo he leído los periódicos: ¡qué modo de mentir! «La hija amantísima»... «El padre querido y feliz»... Mentira, todo mentira. Mi hija ya no es mi hija, es un culebrón, y ese italiano un granuja. Sólo se acuerda de mí para enviarme una limosna: ¡como si el corazón comiera y le contentase el dinero! Yo no tomo un cuarto de ellos; primero morir; prefiero molestar a los amigos.

Ahora sí que era oído el viejo. Los que le rodeaban sentían hambrienta curiosidad, ante una historia que tan de cerca tocaba a dos celebridades artísticas. Y el señor López, insultado por todo un público, deseaba comunicar a alguien su indignación, aunque fuese a los guardias.

—No tengo más familia que *esa*. Comprendan mi situación. Se crió en mis brazos: la pobrecita no conoció a su madre. *Sacó* voz; dijo que quería ser tiple o morir, y aquí tienen ustedes al bonachón de su padre, decidido a que fuese una celebridad o a morir con ella. Los maestros dijeron a Milán, y allá va el señor López con su niña, después de dimitir su empleo y vender los cuatro terrones heredados de su padre. ¡Válgame Dios y cuánto he sufrido!

¡Cuánto he trotado antes del debut, de maestro en maestro y de empresario en empresario! ¡Qué humillaciones, qué vigilancias para guardar a mi niña, y qué privaciones, sí, señores, privaciones y hasta hambre, cuidadosamente ocultada, para que



bierto de escamas de acero, irguiendo su arrogante figura de buen mozo, festejado por toda la aristocracia de Europa, y deslumbrando de cabeza a pies, cual un pescado de plata envuelto en seda.

Silencio absoluto: aquello parecía una iglesia. El tenor miraba su cisne, como si allí no hubiese otro ser digno de atención, y en el místico ambiente fué desarrollándose un hilo de voz, tenue, dulce, vago, cual si viniera de una distancia invisible.

Merci, mercé, cigno gentil...

¿Qué fué lo que estremeció a todo el teatro, poniendo de pie a los espectadores? Algo estridente, como si acabara de rasgarse la vieja decoración del fondo: un silbido rabioso, feroz, desesperado, que pareció hacer oscilar las luces de la sala.

¡Silbar a Franchetti antes de oírle! ¡Un tenor de cuatro mil francos! La gente de palcos y butacas

nada faltase a la señorita! Y cuando cantó por fin y comenzó a sonar su nombre, cuando yo me extasiaba ante los resultados de mi sacrificio, llega ese fantasmón de Franchetti, y cantando sobre las tablas dúos y más dúos de amor, acaban por enamorarse y tengo que casar a la niña, para que no me ponga mal gesto ni me parta el alma con sus llores. Ustedes no saben lo que es un matrimonio de cantantes.

El egoísmo haciendo gorgoritos. Ni cariño, ni corazón, ni nada: la voz, sólo la voz. Al ladrón de mi yerno le molesté desde el primer momento; tenía celos de mí, quería alejarme para dominar en absoluto a su mujer; y ella, que ama a ese payaso, que cada vez está más unida a él por las ovaciones,

dijo que sí a todo. ¡Las exigencias del arte! ¡Su modo de vivir no les permite deberse a la familia, sino al arte! Estas fueron sus excusas, y me enviaron a España; y yo por reñir con ese farsante, reñí con mi hija. Hasta hoy no les había visto... señores, llévenme donde quieran, pero declaro que siempre que pueda vendré a silbar a ese ladrón italiano... He estado enfermo, estoy solo; pues revienta, viejo, como si no tuvieras hija: sabía, viéndola de lejos que cada vez era más hermosa y célebre. Tu Conchita no es tuya; es de Franchetti... Si el arte consiste en que la hijas olviden a los padres que por ellas se sacrificaron, digo que me revienta el arte, y que más me alegraría encontrarme a mi Concha, entrar en casa, remendando mis calcetines.

NUESTRA PORTADA



EL PACTO DE SANGRE

Felipe II, dueño ya de la monarquía española, concibió desde luego la resolución de proseguir la obra comenzada por el portugués Hernando de Magallanes, empresa que tanta gloria había de dar a su corona.

Obedecidas las órdenes estrechas que D. Luis de Velasco, Virrey de Méjico en aquella época, recibiera de su Soberano, se aprestó una sólida escuadra compuesta de cuatro buques. Era necesario entonces para mandarla un hombre que reuniera en sí no sólo las cualidades de un hábil y aguerrido soldado, sino también adiestrado en la profundidad de miras políticas, que supiese con cautela evitar los escollos que algunas veces empañan el brillo de las conquistas. Procedióse a la designación de Jefe y fué nombrado, con el título de Adelantado, D. Miguel López de Legaspi, de una familia ilustre de Vizcaya, escribano mayor y alcalde ordinario de la ciudad de Méjico.

Salió la expedición del puerto de Natividad (Méjico) el 21 de Noviembre de 1564, y el 9 de Enero del siguiente año dió vista a una isla que denominó de los Barbudos, y dirigiendo el rumbo hacia el Oeste, fondeó el 22 del propio mes en las de los Ladrones o Marianas, siguiendo el 3 su derrotero.

A los diez días avistó Legaspi las playas Filipinas, dando el nombre de Buena Señal a la isla que aún lo conserva, y después de infinidad de peligros, la escuadra fondeó en Tandaya y Abuyo, en donde Miguel López de Legaspi requirió de paz a los naturales, ofreciéndoles pagar bien, si les facilitaban provisiones de que estaban muy necesitados.

Sin embargo de estos ofrecimientos, rehusaron toda especie de trato.

Afortunadamente, un incidente providencial vino a explicarle la causa verdadera del retraimiento de los naturales.

Habiendo ido a reconocer el maestro de campo Mateo del Sanz, por orden de Legaspi, un junco borneo, trabóse entre los españoles y la tripulación de

éste un rudo combate, que terminó entregándose el piloto y seis hombres más que lo tripulaban, sin hacer resistencia. Conducidos éstos a la presencia de Legaspi, dispuso éste se les volviera a su buque con todos los efectos que les hubiesen apresado; proceder a que quedaron tan agradecidos que facilitaron espontáneamente importantes noticias. El retraimiento advertido en los filipinos consistía, según ellos, en que hacía dos años que una escuadra portuguesa procedente de las Islas Molucas o de la Especiería había causado en el territorio grandes destrozos y extorsiones a los naturales, y como éstos no distinguían a los españoles de los portugueses, de aquí el recelo con que los miraban.

Para desvanecer tan desagradable impresión, comisionó Legaspi agentes de entre ellos para que procurasen por todos los medios posibles atraer a su nave a Sicatuna, reyezuelo de mucho prestigio en la tierra por su valor, con el objeto de asentar paces con él. Agradecido aquel Príncipe a los nobles sentimientos del general español, acudió con premura al llamamiento, admitiendo con verdadero placer la amistad con que se le brindaba.

El pacto más firme y solemne usado por aquellos isleños se reducía a sacarse del brazo derecho las partes contratantes una pequeña cantidad de sangre que se echaba en un vaso con agua o vino, bebiendo uno la sangre del otro. A tal fórmula hubo de sujetarse el General de nuestra Armada, a trueque de no despertar con la negativa la suspicacia de aquellos naturales, recelosos de las intenciones de sus nuevos huéspedes.

Verificóse, pues, la ceremonia con todas las formalidades de estilo; y llegado el momento de ratificar el trato, se sangraron al mismo tiempo Legaspi y Sicatuna, bebiendo éste la sangre de aquél, y viceversa, por cuyo extraño acto se alcanzó de la manera más completa que tanto los boholanos como los de otras islas, perdiesen el recelo que tenían de los españoles.



EL VENENO DE LAS HORMIGAS

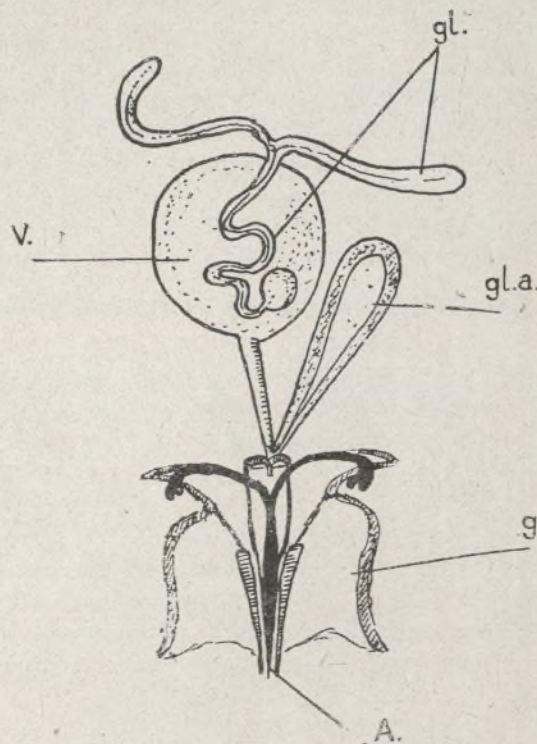
Los naturalistas creían conocer la naturaleza de los venenos de los insectos, tales como los de las especies más conocidas, las abejas, las hormigas... Pero ¡ahí es nada! ¡conocer los males que para el hombre encierran estos seres, en sus órganos defensivos y ofensivos!

No se encuentra en la literatura científica más que indicaciones vagas, noticias incompletas y erróneas sobre este asunto y se nota una desarmonía entre los conocimientos sobre la morfología y la fisiología de la función venenosa de estos artrópodos. Mientras que los aparatos venenosos de estos insectos han sido objeto de numerosas investigaciones, los productos de sus secreciones han sido bien descuidados y puede decirse que no se conocen sino muy someramente. Así se ha podido demostrar que, en las hormigas, el agente tóxico de su veneno, no es el ácido fórmico, como se ha creído hasta ahora, sino otro, a veces extremadamente activo, del cual todavía se desconoce su naturaleza química. A medida que se profundiza en el problema de la toxicología entomológica, surgen otros problemas, múltiples, variados y con aspectos diferentes e inesperados.

El interés de un tal estudio salta a la vista sobre todo si se tiene en cuenta que es un nuevo dominio de la ciencia, inexplorado y digno de descifrar. Examinemos, para precisar, el problema de las marcas morfológicas y sistemáticas.

A pesar de la diversidad de las hormigas—pues se conocen actualmente 7.000 especies y sub-especies—poseen todas, a excepción de los machos, un órgano venenoso. Este aparato difiere según las familias; entre las sub-familias de las *Ponerinae*, *Myrmicinae* y *Dorylinae*, el dardo está muy desarrollado. Estas son las hormigas *picantes*. Su órgano venenoso—como puede verse en el grabado—está compuesto de la glándula propiamente dicha, un canal

bilioso que se une a un tubo único, en la entrada de la vejiga del veneno, el cual continúa hasta terminar en una bolsita. El aguijón se compone de dos puntas aplicadas la una a la otra y reunidas en una vaina en forma de canal. Las dos puntas pueden ser avanzadas o retiradas por un juego de dos grupos de músculos muy fuertes. La hormiga pica haciendo avanzar las dos puntas dentro de su vaina y segregando una gota de veneno de la vejiga. Así el aguijón funciona como una jeringa de Pravaz.



Aparato venenoso de las hormigas picantes.—gl., glándula de veneno con bolsa terminal; gl.a., glándula; V., vejiga de veneno; A., aguijón con la articulación g y los músculos A.

El aparato venenoso de las *Camponotínés* y las *Dolichorinés* está transformado en un dardo adherente. El órgano está adaptado a la eyaculación pura y sencilla del veneno. La glándula, muy voluminosa, se compone de un canal ramificado y en-



Hormiga de los bosques irritada, lanzando su veneno de ácido fórmico.

rollado en forma de cojín o almohadilla, aplicado sobre la vejiga. Esta es igualmente muy voluminosa y tiene una pared espesa y muscular. Las *Camponotínés* no pican pero inundan a sus enemigos de un jugo tóxico.

Las *Dolichoderinés* poseen un aparato venenoso como las hormigas picantes, pero en miniatura es poco apto para un funcionamiento eficaz. S.: reacción protectora consiste en expeler el jugo lechoso, olorífero y viscoso de sus glándulas anales.

Examinando brevemente los efectos producidos por los tóxicos de estos diferentes tipos de glándulas, se ve que las hormigas picantes son más peligrosas para el hombre. En Europa, se puede decir, que no hay ninguna especie peligrosa, pero todo cambia en los países cálidos. La sola hormiga, cuya

picadura es igual a la de la abeja es la *Myrmica rubra* y la más pequeña *Tetramorium capitum*, que no llegan a penetrar en la piel humana, sino en los sitios de epidermis débil, y son las únicas que habitan en Europa, de especie tóxica, con bastante frecuencia en el valle del Ródano. El efecto producido es enteramente local: una erupción roja, acompañada de inflamación que desaparece al cabo de unas horas. En cuanto a las hormigas tropicales son pocas las noticias que se poseen.

Según el explorador Stanley, ciertos pueblos negros del Africa Central emplean el veneno de las hormigas para emponzoñar sus flechas. Los antiguos indígenas mejicanos torturaban y mataban a sus enemigos exponiéndoles a las picaduras de las hormigas del género *Pogonomyrmex*, que los americanos llaman «stinging ant».

Los negros del Congo castigan el adulterio sometiendo a los culpables a las picadura de hormigas, de la especie de las *Ponerinas*.

Una sola picadura de la hormiga *Sima Pachisma* es suficiente para producir un fuerte dolor en el brazo e imposibilitarle durante algún tiempo. En América central y meridional la *Pachycondila* y la *Dinoponera*, son de las más peligrosas y sobre todo, a pesar de su pequeña talla la *Solepnosis germinata* y sus congéneres.

Acabemos esta rápida información, dando dos conclusiones importantes: El carácter peligroso de la picadura de la hormiga para el hombre, depende de dos factores: 1.º de la longitud del dardo y 2.º, de la naturaleza del veneno inoculado. Las hormigas más temibles son las que llenan estas dos condiciones y se comprende, por esto, que las especies de un mismo género no sean venenosas en el mismo grado.

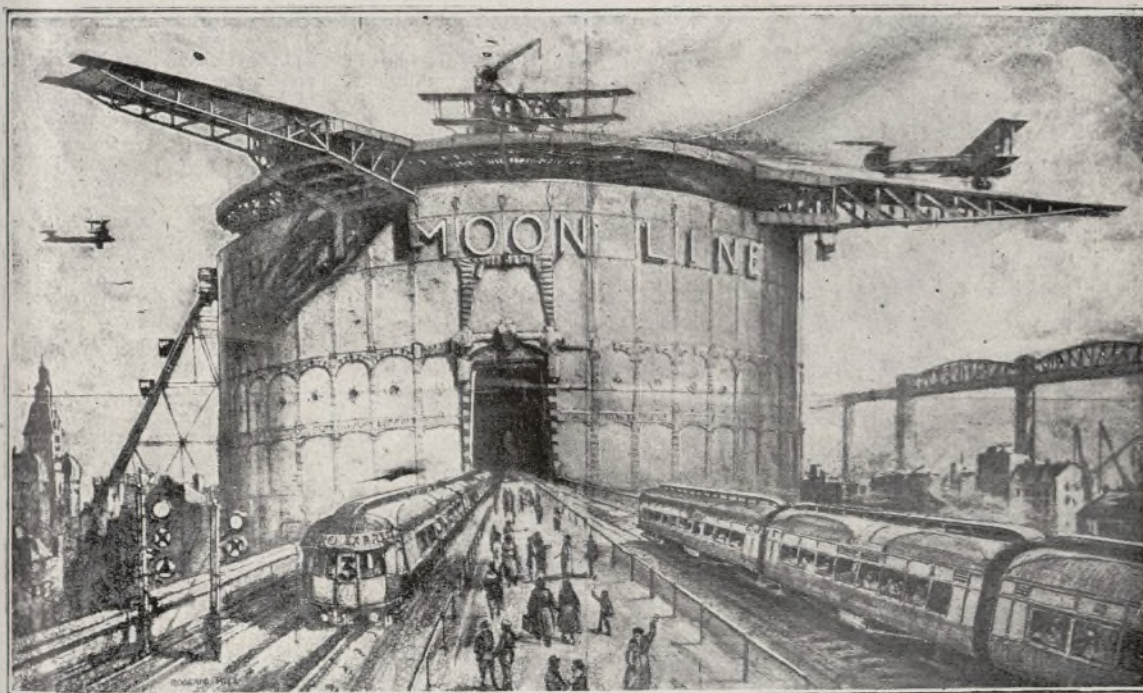


El mundo de las hormigas es una sociedad organizada y fuerte donde no tienen cabida aquel que no aporta su energía al cotidiano trabajo.

Las famosas llamadas que se han venido notando en los aparatos receptores de la telegrafía sin hilos, y que constantemente daban la letra S, asunto sobre el cual nos ocupamos, han dividido al mundo científico en diferentes bandos. Según unos, vienen de Marte; otros dicen que de Venus; hay partidarios de que proceden de una inteligencia que son signos voluntariamente hechos y enviados a nosotros,

y rayas. Además, falta saber si en Marte tienen, a su vez, un aparato capaz de recibir las ondas que de aquí se le enviasen, y aun siendo así, cómo llegaríamos a establecer un alfabeto para entendernos.

El proyecto de comunicación que proponen Speerry y Bassett tiene el doble mérito de ser el más rápido de hacer y el de menos gastos. El plan es el de reunir en un grupo 120 reflectores de gran intensi-



He aquí la composición de un «ingeniero del futuro», el cual nos muestra el aspecto de una estación aérea, punto de partida para distintos planetas.

y hay quien niega esta procedencia, atribuyéndola a fenómenos atmosféricos.

Provengan de donde fuere, es la cuestión que varios astrónomos y célebres físicos se preocupan de los medios que podríamos emplear para comunicarnos con Marte. La mayoría de los hombres de ciencia creen que no es difícil comunicarnos con los otros planetas. El doctor Steinmetz es de opinión que podría hacerse una estación radiotelegráfica de gran potencia, con antena de 300 metros y producir ondas con suficiente poder para atravesar el espacio y llevar nuestras señales a Marte. Esta planta eléctrica, con todos sus aparatos y antenas, costaría unos mil millones de duros. Por este medio sólo podríamos comunicarnos por el sistema de puntos

dad por el estilo de los usados en el Ejército y enviar un haz de luz combinado de 120.000.000.000 de bujías. Estas lámparas tienen una potencia de 1.000.000.000 de bujías cada una, y el haz que envían tiene una divergencia de un grado, debido al arco reflector. A la distancia de Marte el haz de 120 lámparas tendría aproximadamente 1.600.000 kilómetros de ancho. Concediendo el 20 por 100 de absorción de luz por la atmósfera de la tierra y 5 por 100 por la de Marte, la luz del haz al llegar al vecino planeta sería igual que la de una bujía vista a 40 metros, lo que es suficiente para ponerse en inteligencia con los marcianos. El material para hacer esta prueba está en los almacenes del Gobierno de los Estados Unidos, y en cuatro

o cinco meses la instalación puede quedar terminada, y el lugar para establecer la estación de señales es tan pequeño, que media docena de solares regulares bastan para ello.

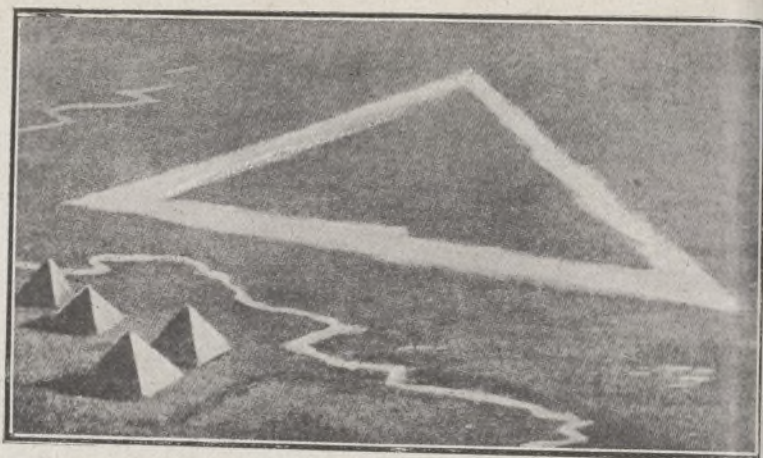
Calculando que la luz cueste a 25 céntimos el kilowatio, el total de la corriente necesaria para formar el haz sean 2.000 kilowatios, no costaría sino 500 pesetas por hora.

Sir Oliver Lodge propone un medio sencillísimo y muy lógico. La Geometría es la ciencia del Universo. Una figura geométrica de tamaño gigantesco dibujada en el Sahara sería visible e inteligible en Marte e induciría a los marcianos a contestar con otros signos. Como la tierra será observada desde los otros mundos cuando el sol la ilumina, y, por consiguiente, cuando aparece como una estrella brillante la figura, en el desierto debería hacerse en negro o con una sustancia que absorbiese la luz.

La idea más extraordinaria es la que propone el ruso Jorge De Bothezat. Quiere este célebre hombre científico construir un avión de doble cuerpo como una gigantesca botella. En su interior los pasajeros quedarían aislados del frío interno de los espacios interplanetarios y del calor desarrollado al atravesar las capas atmosféricas de la tierra; es decir, que los atrevidos viajeros que se decidiesen a hacer la prueba irían como metidos en un termo. En lugar de hélice, inútil en el vacío, el original avión sería impulsado por un chorro de gas en su parte posterior. Una vez atravesada la atmósfera, la velocidad aumentaría considerablemente y el viaje a Marte podría hacerse en pocos días. Cree el autor del proyecto e inventor del aparato, que no ha de pasarse esta generación sin que se lleve a cabo la comunicación interplanetaria, y que el pueblo más avanzado será el que primero haga el viaje.

Ya se ha presentado un viajero voluntario para este fantástico viaje: el capitán Claudio R. Collins, de Filadelfia. La comunicación inicial con otro planeta es indudable que ha de empezar por signos. Esto no parece nada difícil, y tan se cree posible y tan es así, que la Academia de Ciencias de Francia ha ofrecido un premio de 100.000 francos para el que proponga el medio más sencillo de hacer una señal a cualquier cuerpo celeste y recibir una contestación.

Mientras tanto, Guillermo Marconi, el que primero notó las señales en los aparatos radiotelegráficos,



Proyecto de triángulo luminoso en el desierto del Sahara para hacer señales de comunicación con Marte.

no cesa de estudiar el fenómeno y la procedencia de tan extraños sonidos, que desde hace meses traen preocupado al mundo científico.

Tan confiado está el sabio italiano de que la procedencia de estos sonidos viene de otro mundo, que anuncia que dentro de poco podrá probar su teoría y hasta sentiremos otros ruidos; nuevas señales probablemente de los marcianos.

Esta cuestión ha ocupado a los astrónomos desde hace mucho tiempo y ha vuelto a tomarse ahora con gran calor desde que se notaron en las estaciones radiotelegráficas los famosos sonidos de la S repetida, pero la idea de comunicarnos con Marte no es nueva ni mucho menos.

Flammarión era partidario también de las señales geométricas, por ser figuras que en todo el universo significan lo mismo. En Marte como en Neptuno, en Venus como en Sirio, si hay seres inteligentes sabrán que la suma de los tres ángulos de un triángulo es igual a dos ángulos rectos y que el diámetro divide al círculo en dos partes iguales. El sabio astrónomo proponía, hace más de un cuarto de siglo, que se colocasen en Siberia grandes reflectores en grupos formando triángulos, cuadrados, rombos, figuras geométricas, en una palabra. Pero he aquí que ya hemos logrado, bien sea con el sistema Sperry Bassett, o mejor la de Sir Oliver Lodge, hacer un gran triángulo en el Sahara y que los marcianos lo llegasen a ver. Los habitantes del vecino planeta a quienes suponen más adelantados que nosotros, pues Marte lleva muchos más años de existencia que la Tierra, ¿qué harían?

Supongamos que contestan dibujando otro triángulo igual que el nuestro y que nosotros de nuevo hacemos otra figura geométrica; un rombo, por ejemplo.

Al poco tiempo repiten de Marte la figura y la

acompañan con otra nueva: un triángulo inscrito en un círculo.

¿Qué deduciríamos de todo eso? Mucho, desde luego, quedaríamos convencidos de que en Marte había habitantes, seres inteligentes que sabían lo que era un triángulo, un rombo, etc., que razonaban y que sabían cosas como nosotros, pero ahí quedaría todo, pues la dificultad de establecer un código de señales, un alfabeto convencional es tan grande, que parece imposible.

Sería un sueño agradable poder echar un párrafo con los marcianos y saber como se vivía en un mundo cuya temperatura es cien grados menor que la de la Tierra, o bien saber que medios de refrigeración emplean en Venus, en donde el calor es el

del agua hirviendo. Esto dice el Dr. Carlos G. Abbot para demostrar que la vida es imposible en mundos de temperaturas tan extremadas, fundándose en que el uno está más lejos y el otro mucho más cerca del Sol que nuestro planeta; pero así como en Venus la capa de nubes que la cubre hará que el calor no sea tan fuerte, así en Marte puede haber condiciones atmosféricas que atemperen el frío.

Bueno es que hayan repartido las opiniones entre astrónomos, electricistas, telegrafistas, etc., pues si de la discusión sale la luz, es probable que, como dice el ruso del termo volador, esta generación satisfaga una curiosidad que al menos científica interesa grandemente.

CASOS Y COSAS

He aquí el origen de algunos grandes hombres:
Epicuro.—Uno de los más célebres filósofos de la Grecia, fué hijo de un pastor.

Demóstenes.—El famosísimo orador de Atenas, de un herrero.

Lutero.—De un trabajador de minas.

Tamerlan.—Dueño del más vasto imperio que ha existido, de un pastor.

Desiderio, Erasmo de Rotterdam.—El primer sabio del siglo xv, fué niño de coro.

Laffite.—Banquero riquísimo, hombre de Estado, alma de la revolución francesa de 1830, ministro de Luis Felipe, y fundador de la Caja de ahorros, debió el ser a un pobre carpintero.

Sixto V.—Uno de los más grandes pontífices del cristianismo, fué hijo de un porquero.

Mahoma.—Gran legislador y famoso guerrero, fundador de la religión mahometana, fué arriero en su juventud.

Sócrates.—Fué hijo de un escultor sin fama.

Viriato.—General lusitano que ganó batallas a los romanos cuando estos se hallaban en el apogeo de su poder, fué pastor.

Virgilio.—El príncipe de los poetas latinos, era hijo de un posadero.

M. Gottier Fichte.—El gran filósofo, de un lonjista.

Juan Jacobo Rousseau.—De un relojero.

Murat.—Rey de Nápoles, de un posadero.

Ensenada.—Uno de los hombres de Estado que más honran a España, de un oscuro labrador.

Cromwell.—Protector de la república inglesa, de un cervecero.

Shakspeare.—El primer autor dramático de los tiempos modernos, de un carnicero.

Cristóbal Colón.—De un cardador de lanas.

Esopo.—Fué esclavo en su juventud.

Molière.—El gran poeta cómico, fué sastre.

Alberoni.—Político profundo, ministro español y príncipe de la Iglesia, era hijo de un jardinero.

Eurípides.—De una verdulera.

Cook.—El gran navegante y descubridor, de criado de una quinta.

Linneo.—Famosísimo naturalista, debió el ser a un cura de aldea, y pasó su infancia de aprendiz de zapatero.

Franklin.—El inmortal físico, político y naturalista, era hijo de un jabonero y trabajó de cajista en una imprenta.

Epitecto.—Afamado filósofo, fué esclavo.

Catalina.—Emperatriz de Rusia, y acaso la más grande mujer que ha gobernado, fué en su juventud cantinera de ejército.

* * *

Un oficial que a todos incomodaba contando sus acciones de guerra, echó a correr cobardemente en una batalla, y preguntándole un jefe dónde tenía el valor, respondió:

Yo, mi general, en las piernas.

Además de los servicios inapreciables que ha obtenido la ciencia y la terapéutica de los rayos X, en otros casos se han empleado también con buen resultado.

En las aduanas, por ejemplo, mediante ellos se han descubierto muchos fraudes. Una maleta ha podido quedar intacta y registrarse sin abrirla ni tener que tocar a la cerradura ni levantar la envoltura, descubriéndose el escondite que el contrabandista creyó disimular hábilmente.

Del mismo modo se pueden emplear para denunciar las falsificaciones en materia de arte. Un cuadro, una corona, un objeto cualquiera al ponerlos ante la pantalla podrían rendir un gran servicio a los conservadores de museos acusando su verdadero origen.

La radioscopia puede descubrir las falsificaciones, o al menos el retoque como demuestra el doctor Cherón que prosiguiendo los trabajos del doctor Heilbronn de Amsterdam, ha llegado a resultados muy curiosos presentados a la Academia de Ciencias. El principio de estas experiencias descan-

se en la mayor o menor facilidad de los rayos X atravesar los cuerpos. Se sabe que el grado de transparencia depende del número y del peso de los átomos que constituyen los cuerpos, los cuales son menos transparentes a medida que son mayores el número y peso dichos átomos.

En un cuadro hay tres cosas que considerar: el soporte o fondo, la tela y el bastidor de madera, la capa de que está recubierto el soporte, los colores que componen la imagen, etc. La tela siempre es más transparente que la madera; pero no es lo mismo el barniz que cubre la tela que el que cubre el bastidor. Los antiguos, según los documentos de la época, extendían sobre los fondos una mezcla de carbonato de cal y cola, relativamente transparentes. Hoy, por el contrario se usa casi exclusivamente una capa de albayalde mucho más opaca, que deslizándose en los intersticios de los hilos de la tela, contrasta con la transparencia de éstos que no se dejan embeber.

Esto será ya un medio de distinguir por la radiografía un cuadro antiguo de uno moderno, porque



CUADRO RESTAURADO.—El retrato del sacerdote ha sido cambiado por el de la adoratriz que aparece en primera línea. Radiografía del cuadro de Engelbrechtsz, «Crucifixión». El personaje que está arrodillado a la derecha, aparece substituído en la restauración del cuadro.

este se dejará atravesar con menos facilidad y por consiguiente no se podrá obtener en la placa fotográfica la imagen del cuadro.

En cuanto a los colores de que el artista se sirviera, son también de un peso atómico y de una transparencia de los más variables. Unos, como el blanco, son y han sido siempre compuestos de sales pesados de plomo o de zinc, y oponen serio obstáculo al paso de los rayos. La mayor parte de los negros, son muy ligeros y se dejan atravesar bien. Entre estos dos extremos se encuentran todas las variedades atómicas.

Cierto número de colores que eran antes compuestos a base de sales minerales, lo son hoy por sustancias vegetales mucho más transparentes. Lo mismo ocurre con los colores en que entra la anilina.

En la práctica, con los aparatos de que dispone la radiografía, la *pose* hay que hacerlo a 60 centímetros entre la placa y el anticatodo aproximadamente un par de minutos. Se dispone el cuadro sobre la placa sensible, con la pintura contra la placa de gelatina que se va a impresionar, obteniéndose una imagen invertida que se puede enderezar por tiradas sucesivas. Sería igual colocar el cuadro en el otro sentido, con el revés de la tela hacia la capa sensible y se obtendría la imagen normal; pero si el cuadro es grueso o si se trata de una tabla, no se exponemos a tener una imagen defectuosa, no de una limpieza perfecta lo que no ocurrirá por contacto inmediato. Al radiografiar un cuadro, se obtiene directamente una positiva de color blanco, y todos los colores claros en general, son de peso atómico elevado y no se dejará atravesar por los rayos, a los que corresponderían blancos en la placa.

Es evidente que para obtener buena imagen radiográfica de un cuadro, se necesitan dos condiciones esenciales; la transparencia del fondo y del barniz; la opacidad relativa de los colores, al menos de determinados colores cuyo contraste forme la imagen. Estas condiciones se hallan reunidas en los cuadros antiguos; los modernos por el contrario, dan imágenes mucho menos perfectas y a veces casi invisibles.

No diremos que siempre la radiografía sea un medio de identificar los cuadros y de reconocer su autenticidad; no se debe ver en ello, como dice Cherón, más que un indicio que puede ayudar al perito, aunque no excluye otros medios de investigación.

Existen muchas causas que pueden conducir a error. El blanco es y ha sido siempre muy opaco, mientras que los colores oscuros, en general, son

transparentes; pero hay riesgo de que un cuadro antiguo de una mala imagen, si es de tonalidad muy parda; pudiéndola dar buena uno moderno, si por ejemplo, dominan en él el blanco y el bermellón, porque estos colores son lo bastante opacos para engendrar una sombra a través del barniz al albayalde.

También se ignora en qué época se ha sustituido con éste, el barniz al carbonato de cal, y en qué países los mismos artistas preparan sus telas y que podrían conservar los antiguos procedimientos. Y por último, un cuadro antiguo, auténtico, muy deteriorado, pudiera haberse transportado sobre una tela moderna, provista de la capa al albayalde.

Es siempre de resultados más precisos, poner de relieve todos los estragos que en el cuadro hiciera el tiempo, a pesar de las más hábiles restauraciones.

En efecto, los colores y barnices empleados en un cuadro antiguo, al restaurarlo habrán de ser de un peso atómico diferente, que acusarán en la pantalla manchas, en los contornos perfectamente limitadas, que descubrirán acaso una superchería no



EL NIÑO REAL EN LA ORACIÓN

Estado actual del cuadro que data del siglo XV. En la radiografía aparece un fondo claro en donde se manifiesta la restauración sufrida.

sospechada. Así es, que los retoques, los repintados y las adiciones hechas en la antigua obra, los revelará la radiografía, siempre que los colores antiguos, sean de un peso atómico distinto del de los modernos disimulados.

Se han realizado algunos curiosos experimentos.

Un cuadro moderno *El Ramo de flores*, de una colección particular, tiene sólo tres florecillas en medio del ramo y una grande arriba, a la izquier-

da, blancas. La radiografía dió muy mal, como en casi todos los cuadros modernos; únicamente se conocen tres flores blancas, de color bastante opaco, por llevar una sombra a través del barniz al albayalde, que recubre la tela.

Es notable; el resultado de la experiencia hecha sobre el cuadro *Crucifixión*, de Eugelbrechtsz:

Se notó, que uno de los personajes orantes, el de la derecha, que representa el retrato de la donante (La obra es del museo de Amsterdam) era demasiado grande con relación a las otras del mismo plano.

Aplicóse la radiografía y acusó una figura más pequeña blanca bajo el traje negro de la dama que estaba retratada. El autor había pintado un sacer-

dote arrodillado, que se descubrió raspando la figura superpuesta.

Otro ejemplo para determinar:

En un cuadro firmado por Van Ostade que representa músicos y danzantes, desaparecen todos los personajes, en la radiografía, y sólo se advierte a la mujer que hay en el centro del cuadro; en cambio, aparecen varios animales: dos pavos, dos patos y dos gallinas, comprendiéndose que lo actual fué pintado encima de un cuadro antiguo, siendo muy dudoso que sea de Van Ostade.

No será, pues, la radiografía, un elemento decisivo; pero sí un poderoso auxiliar, para descubrir las falsificaciones y supercherías de los chamarileros, que atentan contra el Arte.

VARIEDADES POÉTICAS

¿Por qué las mujeres, tanto
en sus adornos se esmeran?
Porque cuando están sin ellos,
muchos no quieren ni verlas.

¿Por qué las mujeres, tanto
se contristan de ser feas?
porque si no son hermosas
todo el mundo las desprecia.

¿Por qué las mujeres, tanto
se componen la cabeza?
Porque conocen lo mucho
que la tienen descompuesta.

Díceme Inés que le dió
mucha crianza a su hijo...
no sé si me engaña o no;
mas de dar tanta colijo
que sin ella se quedó.

Al darle pan a un perro don Mariano
furioso el animal mordió su mano.

*Dar pan a perro ajeno
será muy liberal, pero no es bueno.*

A un buen Juan le cayó la lotería,
y a Dios le daba gracias noche y día,
pero un ladrón que halló la puerta franca
le robó con auxilio de una tranca.

*Dios premia al bueno, pero viene el malo
le quita el premio y le sacude un palo.*

Aunque usía andar me vé,
a pie de día y de noche,
cuanto yo traigo pagué;
pero otros que van en coche,
tienen sus deudas en pie.

El bravetero Manolo,
de menos valor que pies,
se preciaba de que él solo
obligó a correr a tres.

Y a fé tenía razón
cual no la tuvo jamás,
porque fué huyendo el bribón
de tres que le iban detrás.



El arte de construir en los países de los temblores de tierra

La catástrofe del Japón ha hecho fijar la atención sobre los procedimientos que emplea la ciencia moderna para protegerse contra los temblores de tierra, y la forma en que se aplican. Se conoce hoy admirablemente la teoría de los ciclones y aun cuando no se puedan reservar de ellos los pueblos y los campos, se prevee su marcha suficientemente para salir de la zona peligrosa—salvo casos excepcionales—los navíos y embarcaciones. ¿Hay algún medio de predecir los temblores de tierra, de manera que dé tiempo a los habitantes de un pueblo de abandonar sus casas, para escapar al peligro? ¿Son capaces los ingenieros de buscar una construcción especial que permita mantener los edificios sin riesgo durante unos segundos, cuando son amenazados por las oscilaciones sísmicas?

Un gran temblor de tierra está invariablemente seguido de un número considerable de choques sucesivos o «réplicas», cuya frecuencia va decreciendo más o menos lentamente. Sin prejuzgar nada acerca de la constitución o del estado del núcleo central del globo, debe representarse la corteza terrestre como una especie de mosaico de marquetería, de muy poco espesor, reposando sobre este núcleo y sometido a las fuerzas que este desarrolle. Cualesquiera que sean la naturaleza y el modo de propagarse de estas fuerzas, su efecto es el de tender a desplazarse, por uno y otro lado, los elementos de este mosaico y a producir desprendimientos en una zona más o menos extendida. Los temblores de tierra se observan casi siempre en las mismas regiones del globo y en estas regiones, las zonas de resistencia menor, donde, quizá las montañas estén en período de formación. Los temblores aparecen en estas regiones como un hecho normal y casi regular en la vida de los habitantes; se producen cerca de treinta mil por año o sea una centena por día, aproximadamente. En el Japón se puede contar, por término medio, de cinco por día y seis, de mayor intensidad por año.

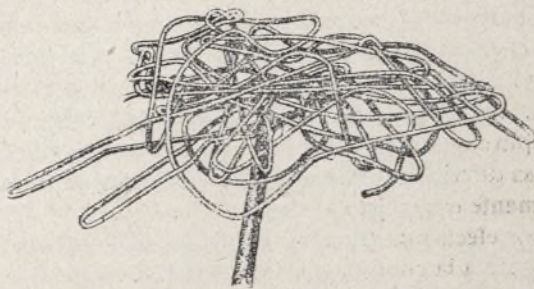
Las repercusiones son unas veces inmediatas y otras más espaciadas; el estado de agitación del suelo, debido a estas repercusiones, dura algunos meses y aun años. Se concibe enseguida que la porción de territorio revuelta no pueda encontrar enseguida el equilibrio tan violentamente roto; las capas afectadas no vuelven a estar tranquilas más que después de numerosos sobresaltos cada vez

más débiles. Es pues lógico considerar como probable que un gran movimiento sísmico sea seguido de otros movimientos en una región determinada, aunque no puede precisarse ningún dato de valor.

Es cierto que los sismógrafos muestran casi siempre una agitación premonitrice. Pero entre estos primeros movimientos que escapan a nuestros sentidos y el choque catastrófico, transcurre algún tiempo, muy pequeño, unos segundos solo, que no son suficientes para dar la voz de alerta ante el peligro. Por otra parte, se ha notado frecuentemente que ciertos animales domésticos o salvajes muestran alguna inquietud poco antes de producirse el fenómeno. Se dice que en el Japón, el canto interrumpido de las cigarras cesa de repente en cuanto auguran, un fuerte temblor de tierra.

El hecho no ha sido observado científicamente, pero es admisible que estos animales posean un sentido tan afinado que les permita percibir vibraciones que nosotros no podemos sentir.

Para ocuparnos de las precauciones útiles que es preciso tener en la construcción de las casas, para impedir que se derrumben, es preciso antes explicar como las casas se desmoronan y se hunden bajo los efectos sísmicos. En las ciudades casi todos los observadores asignan a la propagación del movimiento dos direcciones rectangulares que son generalmente las de las calles y por consecuencia la de los muros que se ven abatir siguiendo una dirección perpendicular a su plano. El sentido en que son desplazados también, algunos objetos, es sumamente curioso y singular y depende de un gran número de condiciones que no son fáciles discernir. Se han visto chimeneas y columnas de un mismo edificio colocadas juntas que han sido lanzadas en direcciones diferentes, a veces en ángulo recto. La

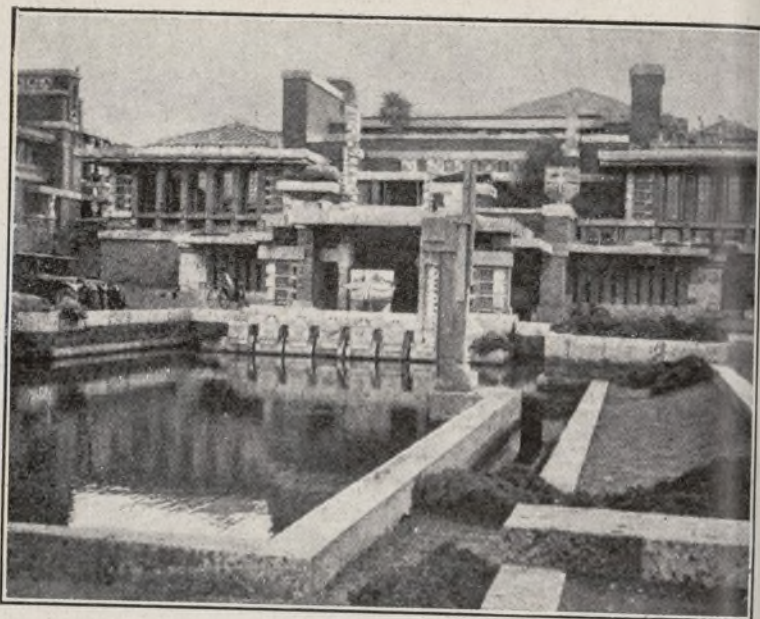


Modelo reconstituido con un hilo de cobre de la trayectoria de un punto de la superficie terrestre a causa del temblor de tierra de Tokio (15 de Enero 1887).

rotación de un tejado japonés de madera, sostenido en los cuatro ángulos giró sobre uno de ellos como eje, saliéndose de los otros tres. Los sismógrafos nos proporcionan datos suficientes para señalar las direcciones del movimiento. Se ha podido reconstituir en un hilo de cobre, como curiosa observación las oscilaciones, y movimiento de un punto del suelo, registrados por tres sismógrafos que operaban a la vez durante el terremoto producido en Tokio el 15 de Enero de 1887. El grabado señala una complicación desconcertante, como no se pudiera imaginar, en este hilo de cobre reconstituido por el físico austriaco Suess. Parece difícil figurar en el espacio este movimiento así esquematizado. Una comparación podría darse al mover una bola de gelatina. Al moverse ésta por un impulso dado se ve que se produce en ella una serie de oscilaciones que se propagan como en el suelo las producidas por una sacudida sísmica. Se asimilan, claro es, estas oscilaciones a las del péndulo del aparato, y son tanto más grandes cuanto mayor sea la sacudida. Recibido el golpe o trepidación van las oscilaciones disminuyendo poco a poco, hasta tomar su posición fija. En este movimiento como en todo movimiento oscilatorio hay que tener en cuenta la *amplitud*, distancia entre dos puntos de una oscilación; el *periodo*, o sea el tiempo necesario para una oscilación completa; la *velocidad* a que se pone el suelo, durante la sacudida y la *aceleración*, que indica hasta que grado se modifica la velocidad, lo que pudiéramos llamar la «velocidad de la velocidad».

El factor característico más importante del movimiento sísmico, es la aceleración, de este movimiento,—como aseguró la comisión italiana que se nombró para estudiar el efecto de las sacudidas—es decir, la mayor o menor brusquedad con la cual cambia la velocidad del movimiento vibratorio, su intensidad y dirección. El valor máximo de esta aceleración mide los efectos destructores, porque es proporcional a la inercia que oponen al movimiento las diferentes partes de un edificio que invariablemente está sujeto al suelo.

Los efectos destructores deben ser atribuidos casi siempre a la componente horizontal. En general, en temblores de tierra, débiles, el desplazamiento máximo horizontal no pasa de un milímetro, con un



He aquí un aspecto del Palacio Imperial de Tokio, que merced a una construcción especial ha resistido a los temblores de tierra.

periodo de un segundo. Cuando es de 10 milímetros, la sacudida es fuerte y puede causar algunos destrozos; de 15 centímetros, es fuerte y siempre destructor. Este caso, está comprendido entre uno y dos segundos. La amplitud máxima vertical es de $1/7^e$ por término medio, de la componente horizontal.

Los arquitectos e ingenieros de los países expuestos a los temblores de tierra, se vienen preocupando, desde hace largo tiempo de utilizar los preciosos datos que suministran los sismógrafos para su aplicación a los edificios, buscando modos y formas de construcción, que les libre de ser derribados, o por lo menos, dañados lo menos posible.

En síntesis puede decirse que las casitas japonesas, casas de proletarios y aun de pequeños burgueses, popularizadas por su sencillez, están construidas con arreglo al principio de *evitar toda rigidez en el conjunto para dejar que las deformaciones se produzcan con toda libertad*.

Se compone de postes verticales de madera, a los cuales van sujetos los muros o tableros de madera o de papel y sobre los cuales se apoya la techumbre. Esta casa constituida solo por la planta baja es muy ligera y no tiene ninguna triangulación. Los pies derechos de madera o postes van sencillamente puestos sobre piedras planas a ras del suelo. En caso de temblor todo el conjunto se mueve, saliéndose únicamente los postes de sus puntos de apoyo, y desprendiéndose algunas tejas, aunque para evitar esto se elevan un poco los aleros del tejado. Tiene el in-

conveniente esta construcción de, en sacudidas fuertes, deshacerse como un castillo de naipes. En cuanto a las casas de bambú no se ven más que en los decorados de la ópera o en la feria de los Inválidos; su exposición a un incendio, por la caída de una lámpara o de alguna materia inflamable, que prende en ella como yesca, la excluye de las construcciones modernas.

Con arreglo a otro principio de *resistir a los esfuerzos y evitar toda deformación*, la Comisión de sismología japonesa ha estudiado y preconizado diversos tipos de casas con armazón de madera, con triangulación, ensambladuras reforzadas con buenos herrajes y postes fijos a una sólida cimentación de fábrica. Tales casas parecen ofrecer una relativa seguridad si bien es verdad que la gran cantidad de madera puesta en armazón, la pone en el riesgo de un incendio.

Una ley reciente impone ciertas proporciones entre la altura de los edificios y la superficie de su base. La experiencia ha hecho probar que los muros de ladrillos, perfectamente cocidos, son los más resistentes, recomendándose vayan embutidos unos con otros para evitar la disgregación y que sean huecos para lograr sin perder la resistencia, la ligereza del edificio. Los ingenieros del Imperio del Medio, han tenido en cuenta las conclusiones de la Comisión española, la que después del desastre de Andalucía, el 25 de Diciembre de 1884, estableció

un tipo de casa, cuyos ángulos estaban dispuestos con contrafuertes de ladrillos; bandas horizontales y verticales concurren a la solidez del conjunto y a su ornamentación, así como también un bandaje y tirantes de hierro que refuerzan las uniones. De esta forma se ha construido el año último el *Hotel Imperial de Tokio* que se reproduce en el grabado. Este curioso edificio excitó durante su construcción la hilaridad de los japoneses; se eleva hoy entre un montón de ruinas. No tiene más que un piso, en previsión de reducir al mínimum el peligro que existe de aumentar la carga en los muros y reducir la inercia que impide seguir sincrónicamente las oscilaciones de estos últimos.

La fórmula que parece mejor para la construcción la dió el ingeniero Lescase, en 1877, veinte años antes de la invención del cemento armado: «El ideal de la perfección en un país de temblores de tierra sería una construcción de albañilería, en que los materiales estuviesen tan adheridos los unos a los otros, que pudiera decirse que constituían un monolito».

El Banco del Japón, otros grandes edificios y la mayor parte de establecimientos comerciales están en pié, y parecen confirmar este sistema. Por despachos recibidos posteriormente se ha sabido que dos edificios consistentes de sistema rígido, que han sido destruidos en la última catástrofe, lo fueron por el incendio o por las explosiones.

CURIOSIDADES

Preguntó en nuestra guerra de la Independencia, y en el glorioso pueblo de Gerona, un oficial que iba a hacer una salida contra los franceses, al gobernador Alvarez, que dónde se retiraría en caso de verse arrollado.

Respondió este inmortal guerrero secamente: —¡Al cementerio!

Cuéntanse muchas cosas del Gran Capitán, que por la nombradía del sujeto creemos no deben pasar por alto.

Vayan, pues, aquí algunas de las cosas que de tal héroe se cuentan.

Sentáronse un día a comer gran número de caballeros de alta alcurnia, los cuales por esquivar la compañía de otros que no eran de su linaje, hicieron que no hubiese lugar para ellos en la mesa.

Los que así quedaban postergados por mezquinas preocupaciones, eran casualmente los que más

habían contribuido al último triunfo que habían alcanzado las tropas españolas.

Observó el Gran Capitán aquella mala intriga, por lo cual, levantándose de su asiento, y haciendo levantar de ellos a los demás, les dijo:

—Haced lado a estos caballeros, porque sin ellos tal vez no hubiéramos tenido hoy qué comer.

El propietario de una casa de campo quería enterarse de lo que hacía un criado suyo, a quien había encargado que cuidase la casa y la huerta.

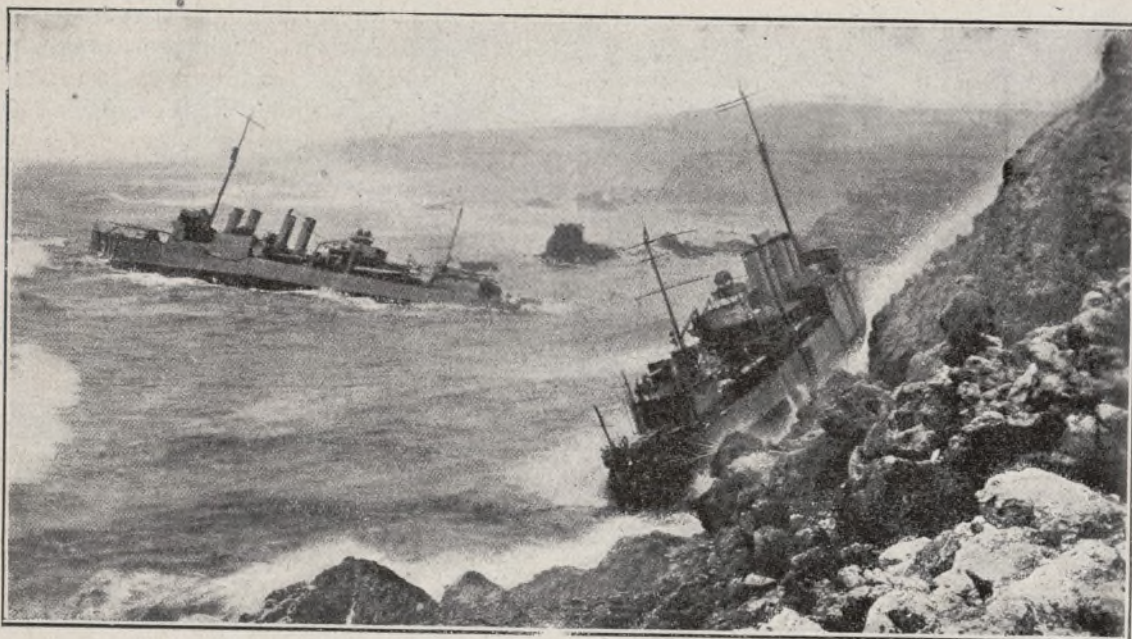
Intentó sorprenderle y se dirigió a la quinta.

El criado no podía imaginar la visita que le iba a favorecer y se tendió a la sombra de un árbol.

—¡Cómo, bribón!, exclamó el amo al verle; ¡así trabajas!, eres indigno del sol que te alumbra.

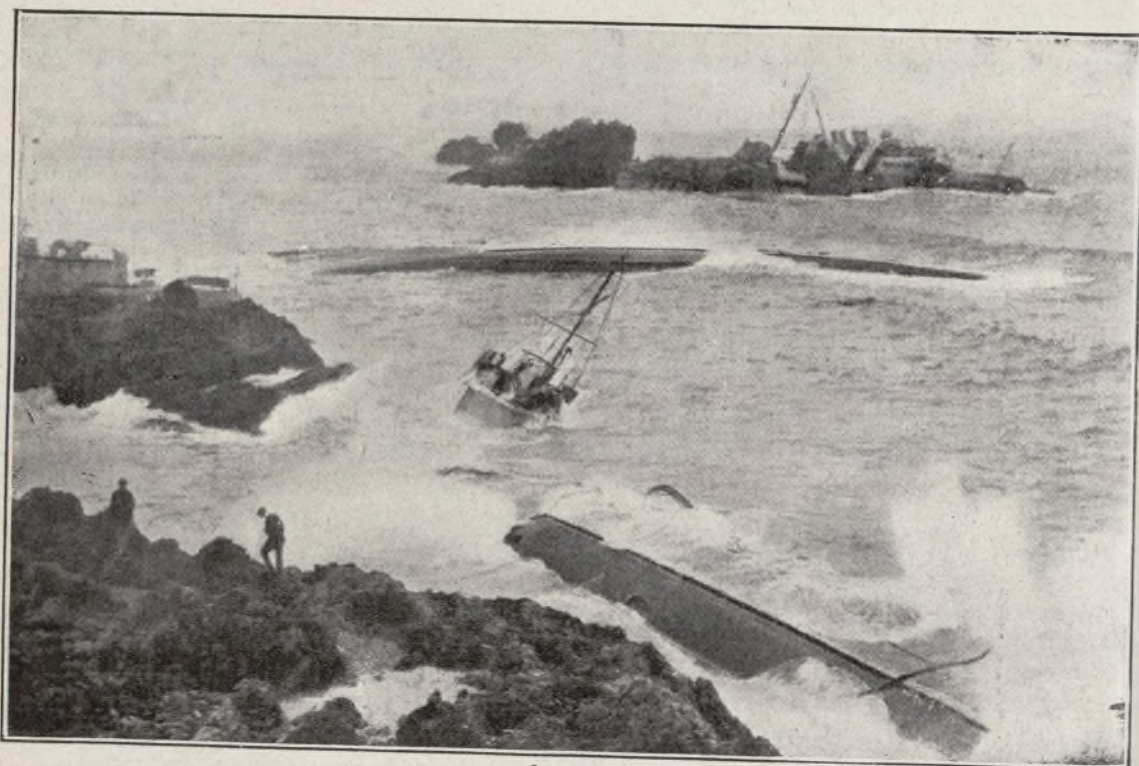
—Por eso, respondió el rústico truhan; por eso; porque sé que soy indigno del sol que me alumbra me he dormido a la sombra.

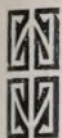
Un desastre Naval en la costa de California



Un desastre marítimo ha experimentado la flota americana, el 9 de septiembre último. Siete destroyers que formaban parte de una escuadrilla de quince, al acudir en auxilio del paquebot *Cuba*, en peligro de zozobrar en el paso de Santa Bárbara, en la ruta de San Francisco a San Diego, encallaron casi simultáneamente en los arrecifes de Punta Honda, siendo más tarde destruidos por las olas. De los quinientos hom-

bres que formaban sus dotaciones, sólo hubo veintitrés víctimas que lamentar. Se atribuye el accidente a la niebla y a las indicaciones imprecisas de la radiotelegrafía. Estos destroyers, de 1.200 toneladas y de 96 metros de longitud, pertenecían a una misma serie, destinada a los largos cruceros en el Pacífico. Cada uno de ellos había costado 1.800.000 dólares.





DE LOS DOMINIOS DEL AIRE



UN GLOBO ESPAÑOL INCENDIADO

Un grave accidente de aeronáutica hubo que registrar en estos días, que costó la vida a un piloto español.

En Bruselas se celebraba la prueba internacional de aeronáutica, que fué fundada en 1905 por Gordon-Bernet.

Los globos, en número de diez y seis, salieron de Solborch, cerca de Bruselas.

Al dar la salida, el viento soplaba en dirección Noroeste.

Entre los concurrentes figuraban los globos españoles «Fernández-Duro», pilotado por el señor Magdalena, el cual se elevó a las diez y seis horas y diez y siete minutos; «Polar», piloto Sr. Gómez Guillamón, a las diez y seis horas cincuenta minutos, y «Hesperio», piloto Sr. Guillén, a las diez y siete horas cuatro minutos.

A poco de comenzar la prueba se desencadenó una fuerte tormenta, y cuando volaba el «Polar» sobre el pueblecillo de Srieck, fué alcanzado por un rayo.

En un minuto el globo ardió casi por completo, y un segundo más tarde la barquilla y el cordaje cayeron sobre el territorio de Heyst Goor, cerca de Malinas.

El Sr. Peñaranda Barea quedó carbonizado y el Sr. Gómez Guillamón, herido gravemente, se queja de fuertes lesiones internas y tiene una pierna rota.

El globo volaba sobre la aldea de Srieck cuando el rayo incendió la parte inferior del balón. La parte superior quedó convertida en paracaídas durante algunos instantes; pero consumida por las llamas, cayó la barquilla en Heist-Goor. Los campesinos que acudieron en auxilio de los aeronautas encontraron al piloto D. Pedro Peñaranda Barea carbonizado por el rayo. En la otra barquilla estaba el otro piloto, Sr. Gómez Guillamón, que se ha salvado porque su compañero recibió toda la descarga eléctrica del rayo.

El Sr. Gómez Guillamón tiene una pierna rota; pero no se teme por su vida, como creyeron en los primeros momentos.

Testigos de la catástrofe dicen que el globo estaba ya muy bajo y fuera de la

zona de la tormenta, cuando el Sr. Peñaranda Barea soltó dos sacos de lastre. Entonces el globo se elevó rápidamente, y al llegar a las nubes, que estaban muy bajas, recibió la descarga eléctrica.

El reloj del Sr. Peñaranda estaba parado a las cinco y media.

Hubo otros accidentes que lamentar en la prueba.

Cerca de Barbeloo, otro rayo incendió el globo suizo «Geneve». Los tripulantes cayeron, desde 300 metros de altura, completamente carbonizados.

También el globo «Número 3», de los Estados Unidos, pilotado por el teniente Olestead y el alfé-



En la prueba aeronáutica verificada en Bruselas, que tantos accidentes se registraron, uno de ellos, reflejado en la fotografía, aparece el globo «M. S. Arney» desgarrado por el globo belga «Villa de Bruselas» a su salida del aerodromo.

rez Cheptay, fué alcanzado por un rayo, cuando el aparato se hallaba sobre Miestebrode, al norte del Brabante holandés, resultando muertos.

En la noche del domingo último, un globo esférico que participaba en la prueba internacional, a consecuencia de haber tocado un hilo conductor de energía eléctrica, cayó violentamente a tierra, cerca de la aldea de Woldendorp.

El globo, que era el «Hesperio», tripulado por dos oficiales de Marina españoles, llamados Julio Guillén y Manuel Delalieux, quedando destruido.

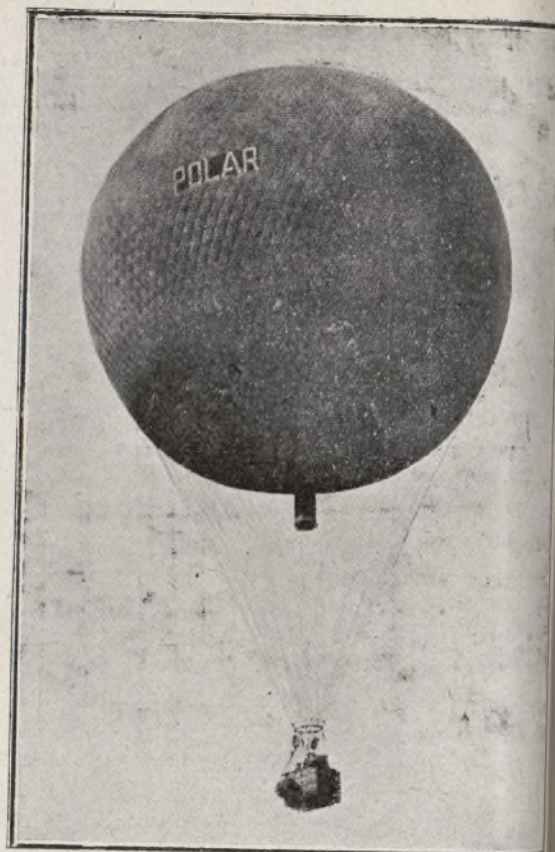
Ambos tripulantes sufren lesiones más o menos graves y se encuentran solícitamente atendidos y cuidados en un hotel de Woldendorp.

El marqués de Villalobar, embajador español en Bruselas, marchó a Malinas al tener noticia del accidente ocurrido al «Polar».

El embajador, acompañado del diplomático señor Sanz, visitaron al herido capitán Sr. Gómez Guillamón, cuyo estado es satisfactorio.



Los pilotos del globo español señores Peñaranda Barea y Gómez Guillamón, momentos antes de emprender la ascensión, de la cual fueron víctimas, resultando muerto el Sr. Peñaranda y gravísimo el Sr. Gómez Guillamón.



El globo «Polar» que tripulaban el capitán Peñaranda y el teniente Gómez Guillamón, en el Concurso celebrado en Bruselas el 23 del pasado, y que al incendiarse por efecto de un rayo cayó a tierra, causando la muerte al primero, y graves heridas al segundo de sus tripulantes.

El cadáver del infortunado capitán Peñaranda fué cubierto con la bandera española.

El pasado año, los globos salieron de Ginebra, y obtuvo la copa el belga M. Demuyter.

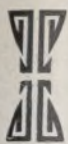
En el concurso celebrado tomaron parte tres globos franceses, tres belgas, tres americanos, tres ingleses, tres suizos, un polaco y tres españoles. Se retiraron los italianos. Hasta ahora son siete los globos eliminados por accidentes.

En Schail, cerca de Herpen (Holanda), tomó tierra, en excelentes condiciones, el globo español «Fernández-Duro», tripulado por los Sres. Magdalena y Baselga.

Un globo francés aterró en Bélgica septentrional y otro suizo en Holanda.

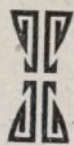
Otro globo, inglés, cayó en el mar, en aguas de Dinamarca, no habiendo sufrido daño alguno ni el aerostato ni sus tripulantes.

El trayecto mayor recorrido fué en el año 1912, siendo ganada la copa por el francés Bienaimé, que salió de Stugart, aterrando en Rubnovi (Rusia), cubriendo una distancia de 2.190 kilómetros.



DEL TIEMPO VIEJO

PROEZAS DE PERROS GUERREROS



Nuestro ejército ha sido uno de los que de más antiguo han sabido apreciar los servicios de estos animalitos, y en la historia de los perros militares, ocupan con justicia un lugar preferente los que los conquistadores españoles emplearon en las guerras de América. El más famoso de todos fué «Becerrillo», cuyas hazañas en Méjico ha contado Hernández de Oviedo con toda clase de detalles.

El perro que llegó a capitán.

«Becerrillo» era un enorme dogo, de pelaje rojizo con el hocico y el cerco de los ojos manchados de negro. Estaba dotado de tanta audacia como prudencia, por lo que se le apreciaba más que a los otros perros que siempre obraban brutalmente y se le daba doble ración. En el combate, se arrojaba sobre los indios, cogía a uno de ellos por un brazo y se lo llevaba, sin hacerle mayor daño si el prisionero no se resistía; pero si trataba de huir, lo tiraba al suelo y en un santiamén lo estrangulaba.

En la batalla empeñada con el cacique Mabodomaca, «Becerrillo» se portó con sin igual bravura, contribuyendo al triunfo de los españoles. Se le nombró capitán en el mismo campo de batalla, y las tropas desfilaron ante el valeroso can rindiéndole los honores correspondientes.

La muerte de «Becerrillo» fué la de un verdadero soldado. En un combate con los caribes cayó atravesado por una flecha envenenada. Pero dejó un hijo que fué su digno sucesor. Llamábase éste «Leoncillo», y en las célebres exploraciones del istmo de Darien prestó inmensos servicios a las tropas de Núñez de Balboa. Tan noble como su padre, en cuanto oía la voz de su amo, que era uno de los soldados, se detenía, aunque se hallase en lo más recio de la pelea. «Leoncillo» no llegó a capitán, pero tenía a diferencia de los demás perros, paga y ración de soldado. Los indios le cobraron al odio, que en todos los combates concentraban sobre él sus flechazos, hasta que en una escaramuza lo dejaron acribillado sobre el campo. Esta antipatía se comprende al saber que entre «Leoncillo» y sus compañeros habían

estrangulado cerca de dos mil indios. Tal maestría llegaron a adquirir los españoles de aquellos tiempos en el empleo de perros en la guerra, que cuando empezaron las campañas entre Carlos V y Francisco I, Enrique VIII de Inglaterra no halló mejor manera de testimoniar su amistad al emperador que enviarle doscientos dogos para que auxiliasen a sus tropas contra el monarca francés.

Un centinela tenaz

Hazañas individuales de perros de guerra, españoles o extranjeros, podrían citarse muchas.

En la batalla de Aughrim, un oficial irlandés llevaba consigo uno de esos hirsutos lebreles hibernicos que luchó durante toda la acción como el más aguerrido de los soldados. Una bala tumbó sin vida al oficial, y el perro se constituyó en centinela del cadáver. Dos o tres veces trataron los enemigos de llevárselo, y siempre lo impidió el fiel can, atacando con terrible denuedo. Aquella defensa del cuerpo de su amo llegó a ser en él una obsesión. En ella insistió durante los días que siguieron a la actuación; desde Julio, en que ocurrió ésta, hasta Enero, el perro se encargó de ahuyentar, no solo a las personas, sino a los cuervos y a los lobos, con los cuales luchaba, alimentándose después de su carne.

Por fin, cierto día pasó por allí un soldado. Del oficial ya no quedaban más que los huesos, el militar se acercó a ver aquel esqueleto, pero en el mis-



En el adjunto grabado aparecen las tropas españolas en Méjico, desfilando ante el perro «Becerrillo», que llegó a capitán.

mo momento el lebre se le arrojó a la garganta. Pudo, sin embargo, esquivar el soldado aquel inesperado ataque, y echándose el arcabuz a la cara dejó sin vida al leal centinela, creyendo estaba rabioso.

El can artillero

Hemos hablado recientemente a nuestros lectores de «Palomo», el perro que en la guerra de África defendió un cañón. En la batalla de Fontenoy hubo otro can que merece con mayor motivo el título de artillero. Era un galgo llamábase «Mustafá» y tenía por dueño un capitán de artillería inglesa. En lo más rudo del combate, todos los sirvientes de una pieza fueron muertos, y el oficial se vió obligado a disparar por sí mismo, mas aún no lo había hecho, cuando cayó también herido mortalmente.

Un pelotón de soldados franceses se precipitó sobre la pieza abandonada; pero «Mustafá» los vió y, cual si quisiera vengar a su amo, cogió con la boca la mecha, todavía encendida, y saltó sobre el cañón, haciendo fuego tan a tiempo, que setenta franceses rodaron sin vida, mientras el resto del pelotón se apresuraba a huir.

Más tarde el perro artillero fué presentado al rey de Inglaterra, quien, sabedor de la hazaña, le premió decretando su manutención por cuenta del Estado.

El que rescató la bandera

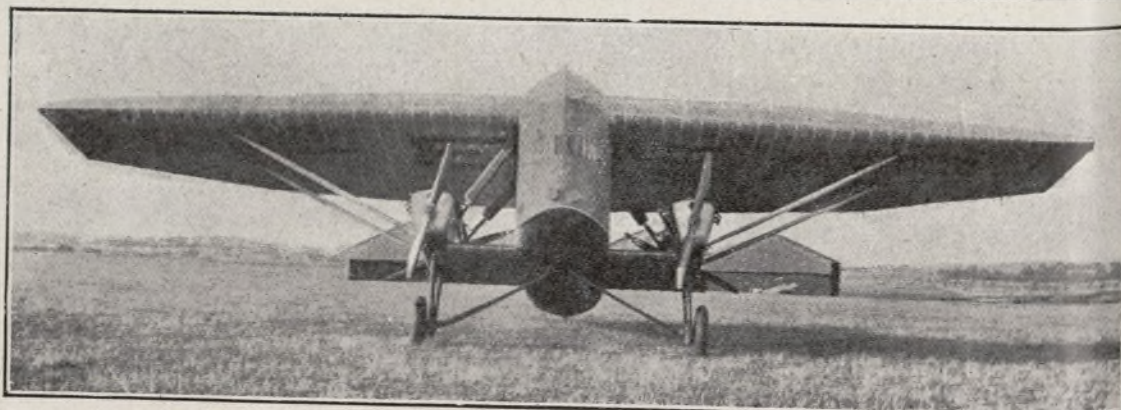
Las guerras napoleónicas también tuvieron sus perros guerreros. El más célebre de todos fué «Moustaché». En Austerlitz, la bandera del regimiento a que este perro pertenecía fué arrebatada por un oficial austriaco. La desmoralización va a introducirse entre los franceses. «Moustache» parece comprenderlo, y dando un salto sobre el oficial, lo derriba, le arranca con los dientes el trofeo y va a depositarlo ante los jefes, mientras los soldados, vitoreando al valeroso animal, avanzan con nuevos



El célebre perro «Moustache», en un asalto a la bayoneta, rescatando una bandera al enemigo.

bríos. El mariscal Lannes presenció toda esta escena, y al terminar la célebre batalla, pidió para el perro la cruz de la Legión de Honor, Napoleón se apresuró a concedérsela, y desde aquel día, «Moustache» ostentó la cinta roja alrededor del cuello.

Otro perro famoso en la historia militar de Francia fué «Beduina», una perra que tuvo en Argelia un regimiento de administración, hacia 1849. Con ella no había miedo de que un campamento fuese sorprendido, y más de una vez hizo salidas por su cuenta, para volver trayendo entre los dientes pedazos de albornoz, y hasta de pantorrilla árabe.



El monoplano Farman de 720 H. P. que ha ganado el Gran Premio de aviones de transporte en Francia.

HAY QUE DISTINGUIR

—*Si la historia sabéis de mi tizona...*
Bueno. ¡Acabemos!... ¿Me dejas
terminar este soneto?

¡Pero... vaya, que eres terca!
Ya estamos, una vez más
con la eterna cantilena
de los *poetas bohemios*...
Ya sé que a tí te molesta
que escriba versos a Filis,
que es mi musa predilecta,
porque *le crees* que es la Filo,
la hija de la carbonera,
que *la tira* lo romántico.
pero *no es eso* Nicéfora,
pues has de saber que Filis
era una señora honesta,
y la Filo... todo el mundo
sabe *de que pie cojea*.

¡Vamos! ¡Tienes unas cosas!...
¡La Filo! ¡Rancia nobleza!

Ya me estoy viendo *del gremio*,
cargado con una sera,
repartiendo a domicilio,
para luego, en Nochebuena,
reclamar el aguinaldo
en unas octavas *regias*
o un soneto alejandrino...
Aunque todo degenera
¡voto va! ¡que fuera digna
la hazaña, para un poeta!

Prosigamos el soneto...
aunque mi mente se esfuerza
se me escapa el consonante,
¡no me equivoques. Nicéfora!

—*Si la historia sabéis de mi tizona...*

¡Calla y no me des más guerra!

Si la historia... (La estrangulo)

¡Me está ardiendo la cabeza!

Pero... Ven aquí, tizona,
digo... quise decir prenda.

¿No sabes que eres la sola
musa de mis horas *negras*,
de todos mis versos *verdes*,
y mis romances... *de gesta*?
esto, para tí, es... romance,
y, claro, no te das cuenta.

Tú como no entiendes de eso
(siempre fuiste muy... plebeya)
no aprecias en lo que vale
tener en casa un poeta
que es, por su arte y su *frescura*,
de inspiración, eminencia,

y una gloria de la Patria,
que le hará, en próxima época,
una estatua en las Vistillas
con aurífera leyenda.

De tí también hablarán
las crónicas, no te creas:
La compañera del Genio...
Tal para cual... Si supieras
quien es Clío, Amarilis
y Filis, no confundieras,
entre tantos disparates
a Filis con Filomena,
pero eres tan... especial
que todo lo tergiversas,
y... claro, *te crees*, tú, eso,
pero no es eso, Nicéfora.

Y si yo no fuese un *genio*,
cuando te pones tan terca,
si no mirase... (que tienes
la llave de la despensa...)
pronto acababan tus humos,
pero el zurrar a las hembras
no es muy propio de los hombres
que de ese nombre se aprecian.

De sobra sabes que soy
de una tolerancia emérita
verbigracia: tantas veces
me tropiezo en la escalera
con Patro la de los rizos,
o Trini la costurera,
me cantan a media voz,
así como una indirecta,
eso del Conde de Cabra,
y eso, vamos, me... marea,
pero sigo mi camino,
me callo y me hago la cuenta
de que el *disco* va por otro,
y a mí... como si dijeran
la jota de *La Dolores*.

Vaya; vuelvo a mi tarea...

—*Si la historia sabéis...* ¡Bueno!

esto va como una seda.
¡Vaya soneto!... ¿Qué dices...?
Sí; mujer, como tú quieras.
Ya se que tienes capricho
de tentarme la paciencia,
pero conmigo no hay caso...
¡Pierdes el tiempo, Nicéfora!

JUANITA ZAMORA

Madrid-1923.



LA «CARABINA» LLORA

por JULIAN ESCUDERO PICAZO

El teatro rebosaba gente aquella noche. Los palcos y butacas ocupábanlos «el todo Madrid elegante» y no pocas de esas personas que sin ser elegantes, ni de Madrid, gustan aparentar ambas cosas, aun a trueque de negar su patria chica y confirmar, de paso, aquel manoseado aforismo: «Aunque de seda se vista la mona...» Las delanteras de los anfiteatros, y las restantes localidades, de más reducido precio, estaban, igualmente cubiertas por un público múltiple y vario. Era, en fin, una de esas noches en que, limitadas las entradas de *clac*, ésta queda relegada, nunca excluida a muy último término, y los empresarios, melifluos, complacientes, optimistas sonríen por todo y a todos plenos de satisfacción, ahitos de bienestar; una de esas contadas noches en que recuerdan a los amigos sin olvidar el bendecir la taquilla.

Verdad es que la comedia anunciada en los carteles para aquella noche merecía tal lleno (su mejor elogio queda hecho diciendo que más complacía y se celebraba cuanto mayor era el número de representaciones que de ella se iban dando y más las personas que la conocían). Y si al éxito de la obra se añaden, como en el programa de aquel día, varios extraordinarios alicientes—uno de ellos las mágicas tonadillas, dichas con sin igual gracejo y desenvoltura por la beneficiada—, razón sobrada hay para decir, y con verdad, que la taquilla se abrió al público a la hora de costumbre, pero como es costumbre también cuando se prevé el lleno, con pocas y muy malas localidades, pues las mejores van, con extraña anticipación a los despachos de as reventas, donde la obtienen esos felices mortá-

les que igual pagan, al contado y a precios fabulosos, una localidad para el teatro o los toros como un hotel en la Castellana.

¡Noche de éxitos, de emociones gratas, de aplausos largos, estruendosos fué, ciertamente aquella en que la notable actriz americana celebró su beneficio! ¡Y cómo la halagaba pensar que el celebrado programa con que quiso despedirse de su público madrileño ella, sólo ella lo había compuesto en prueba de consideración a éste y de reconocimiento, de cordialidad gratísima a su autor favorito, a aquel talentado comediógrafo que, galardonado con las mayores distinciones mundiales, tuvo la gentileza de ofrendarle a ella—para que, interpretando el papel de la protagonista, saborease, al estrenar la comedia, la miel de los primeros aplausos—la obra teatral más discutida y más celebrada de aquella temporada... y no pocas de las anteriores.

«Digno remate de la temporada en España—decía en su periódico comentando, al día siguiente, el suceso uno de los más prestigiosos críticos de teatros—. Supiste, ¡oh culta y estudiosa actriz! elegir una gran obra para tu despedida en esta etapa—porque tú vuelves, tienes que volver a España, a Madrid—e interpretarla como una gran artista que eres. Celebrado ha de ser no pocas veces el momento en que se te ocurrió ofrecerle la dirección artística de tu compañía al más eximio de los autores teatrales contemporáneos. Bien hayas por este consorcio que, para acrecer el arte escénico habéis formado. Que Dios os depare, en tanto dura vuestra próxima excursión por tierras americanas,

igual salud y entusiasmo que los que lleváis al emprenderla, y recojáis tantas pesetas, tantas como instantes de sublime arte, de ideales creaciones escénicas nos habéis brindado laborando juntos, en la temporada que ayer terminó, el mago de la escena, el supremo artífice que ha conseguido, como pocos, hacer de su pluma la más perfecta máquina fotográfica de las almas, y tú, fémina de tan compleja alma, que supiste dar a cada tipo de mujer por tí encarnado la que necesitaba en la escena y hubiera tenido, o tuvo en la vida real.»

Mis deberes periodísticos—aun habiendo estado exento de ellos hubiera asistido con gran complacencia a la magna función teatral de aquella noche—me llevaron a ocupar localidad en una de las primeras filas de butacas, y desde ella ví, a poco de comenzado el acto primero, arrellenados en un palco entresuelo, a dos de mis mejores amigos y camaradas en menesteres literarios—los hombres no hacen al caso—, que acompañaban a tres mujeres, jóvenes, al parecer, elegantes pareciéndolo y siéndolo dos de ellas, y bonitas, lo que se dice bonitas ni lo parecían ni lo era ninguna. Eran tres de esas mujercitas—vaya su retrato en un rasgo—que si por la cara no vencen, por la edad convencen. Apenas ellos me divisaron hiciéronme señas para que subiera a acompañarles al palco, como así lo hice en el entreacto próximo.

Reverencias; presentación, unas manos que se estrechan y, de allí a poco, cinco personas charlando amigablemente y una que, sentada a alguna distancia, casi dentro del antepalco, escucha y calla. Las dos elegantes parlanchinas a quienes acompañaban mis amigos y sostenían animada conversación con nosotros, eran las novias de éstos; la mujercita distanciada de la reunión, y muda, era la señorita de compañía de ellas.

Ya conocéis lectores, a todos los personajes del cuento.

Pintiparado vendría aquí un párrafo en el que se discurriese acerca de estas resignadas señoritas de compañía—*carabinas* suele decirseles en son de mofa, como si fuera pequeño el suplicio a que se las somete con utilizarlas, siendo mujeres para acompañar, no para hablar—, y de la omnimoda libertad que hoy otorgan no pocos padres a sus hijas permitiéndoles ir a todos sitios con la señora de compañía y el novio..., cuando no con el novio a solas. Pero desisto de hacerlo. Si «las ciencias adelantan», las prácticas sociales, por lo visto, no deben irles a la zaga. Probablemente—yo no me atrevo a afirmarlo—denigrará más a algunos padres

oírse llamar anticuados si educan a sus hijas en ambientes de sana moral y recato, que saberse comentados por tener niñas «demasiado modernas». Que el cuerpo goce—quizás digan—aunque se encenague el alma; riamos hoy nosotros, y si mañana toca llorar..., que lloren...

¿De qué se hablaba en el palco? ¡Bah! De todos... y de todo. Estas mujercitas modernas parecen, frecuentemente, más que mujeres, compañeros de oficina, camaradas del *club*. Saben de todo, hablan de todo y en la conversación no retroceden, ni se ruborizan por nada. A decir verdad, lo que menos les interesaba a ellas aquella noche era la obra que se representaba; la comedia, el teatro fueron el pretexto para aceptar el palco regalado por mis amigos—y a éstos por el empresario—y a pasar con ellos unas horas de jocunda cháchara... Se *revistó*, por eso, a todas las personas conocidas... y no pocas desconocidas; se comentaron sus trajes, sus joyas, sus posturas; se murmuró de ellas lo que se sabía... o se suponía; se *arreglaron* vidas y haciendas; se hicieron o deshicieron, según convino, noviazgos fáciles... o imposibles; se dió, ¡cómo no! una vueltecita a la política, y se dijo —¡una vez más, qué importa al mundo!—: «Si las mujeres mandasen...»; se bailó mentalmente, y se convino hacerlo al natural, al siguiente día, en un céntrico hotel; se recordaron, para celebrarlas expresivamente, las últimas *reboleras* de cierto torero que, al darlas había estado «bestial», y era—según textual expresión de una de aquellas señoritas— «un tiazó»; se charló, en fin, de todos... y de todo como hubieran podido hacerlo en la oficina o el *club* hombres solos.

(Cualquier sentimental a ultranza habría observado, oyendo tan locuaz conversación, que aquellas mujercitas modernas—como muchas hoy—tanto hacen por seguir al hombre, que hasta olvidan su excelsa cualidad de mujeres.)

La señorita de compañía que estaba al servicio de las novias de mis amigos—no será muy elegante tener una sirvienta para dos señoritas, pero resulta más económico pagar entre dos señoritas una sirvienta—parecía tener de treinta a treinta y cinco años de edad. Era alta, no mal parecida, y viuda...; viuda, como tantas otras desventuradas a quienes dejó el marido... para incorporarse a la Legión de los Rufianes. De aquella unión le quedaron dos hijitos, Angeles y Alfredo, y cuyos hijos hubo de negar, mejor aún, de los que no pudo hablar, pues

era condición precisa para prestar servicios de compañía en aquella casa, ser señorita.

Madre amantísima de sus pequeñuelos tuvo, para subvenir a sus necesidades, que imponerse el cruento sacrificio de vivir separada de ellos en tanto durara su nueva ocupación (tres o cuatro horas todas las tardes y otras tantas alguna que otra noche). Durante ese tiempo, la niña mayor, Angelines—¡ocho años señores!—cuidaba de su hermanito (tres años menos), y a los dos daba de vez en vez la caritativa vecina que ocupaba el cuarto frontero al suyo.

«No quiero ni pensar lo que pudiera ser de estas criaturitas—supimos luego que la nueva señora de compañía repelía frecuentemente a su bienhechora vecina—si durante alguna de mis ausencias les ocurriese una desgracia...»

* * *

—Mira, Pepín—dijo quedamente a uno de mis amigos su *pareja* de aquella noche—; la «carabina» llora, o lo parece al menos.

—Llora, es cierto, y sufre atrozmente porque quisiera y no puede, ocultar sus lágrimas—replicó éste luego de observarla con astuto disimulo.

—Ya sé de qué hablan éstos—cuchicheó la otra *pareja* a mi otro amigo—. ¡Y qué cara pone la «carabina» jipando!...

—¿Qué le pasará? Acaso recuerde la broma que le gastaste antes ofreciéndole el bombón... que después nos comimos tú y yo.

—O cualquier frase tierna de la comedia. ¡Es más cursi, más sensiblera!...

—El sentimentalismo noble en la mujer soltera es nuncio, y rara vez falla, de que será buena esposa y excelente madre.

—Eso es... literatura, antiguallas.

* * *

Y nosotros que, oído el anterior diálogo, quisimos preguntar a la señorita de compañía por qué lloraba, azorados por la rechifla de nuestros acompañantes desistimos de hacerlo. ¡Hubiéramos gustado tanto de saber qué frase de la comedia, si esto era, la hizo verter aquellas elocuentes lágrimas!...

Intentamos, entonces, recordar algún saliente pasaje de la obra allí representada y, sin saber la causa, el que se nos mostró más acusado, el más vigoroso y dramático era el final del segundo acto, aquel calofriante momento en que, cayendo el telón se oyó gritar: ¡Fuego! ¡fuego!! en la casa donde quedaron dormidas dos lindas criaturitas de pocos años, abandonadas por un padre pérfido y de quienes la vida había separado a su madre enferma... y pobre.

Terminado aquel acto de la comedia, sorprendí a la señorita de compañía mirando con pertinaz descaro al palco inmediato, donde una rolliza ama de cría tapaba al buen «tuntun», con su abultado pecho, la cara de un niño escuálido, y a la que parecía decirle con expresión clara y dura: «Ya se vé que cobras por alimentarle y sostenerle... friamente. ¡Pobres hijitos separados a la fuerza de sus madres..., qué indefensos si la desgracia os echa sus garras!...

=====

POESIAS FESTIVAS

El hijo de un emir
tenía un pantalón de casimir,
pero en mala ocasión
se rompió el pantalón;
y de tanto llorar
olvidó la costumbre de orinar:
al verlo padecer
murió de sobreparto la mujer...

*Es muy malo, lector, en casos tales,
el amor a las cosas terrenales.*

Un ladrón aprendiz muy poco diestro,
robó todo el dinero a su maestro.

*Aquí de molde cabe
que no es bueno enseñar al que no sabe.*

Después de angustias mortales,
Bartolillo se casó
con Lucía, que parió
a los seis meses cabales,

Y andaba con gran placer.
diciendo: ¡Si tú la vieses!
lo que otra hace en nueve meses
hace en cinco mi mujer.

En un anuncio he visto el otro día,
que una soltera solicita cría.

*De esta y de otras solteras,
¿qué dirán las edades venideras?*

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

Su padre le dejó el cheque firmado sin saber cuánto necesitaría, creyendo, sin duda, que se tratase de mucho menos...

—Perdone...

De nuevo alargó la mano hacia el documento; pero el gerente lo retiró de su alcance, sonriente y gentil.

—No, señorita; en este Banco y con esta gerencia no sólo tiene crédito su papá, sino usted...

Y nunca Daniel vio llegar a Estela más contenta que aquella tarde de fines de otoño. La muchacha se detuvo a distancia, tan pronto le divisó, como invitándole a correr en busca de la alegría grande de que era portadora. El acudió con la esperanza cantando en su pecho.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una buena noticia para vos. Te encontré un socio.

—¿Quién? ¿Tu padre? ¿Se anima por fin?

—No; adivina.

No adivinaba, a pesar de su sonrisa elocuente, y le llamó torpe. Ella, ella era el socio; allí tenía el dinero. Y un instante pareció nublársele el contento que cantaba en su ser entero.

—Pero a papá ni una palabra, che.

Daniel no se preocupó de la advertencia ni pensó en cómo pudo la muchacha conseguir aquel dinero. Vió tan sólo que tenía ya en las manos la salvación de su destino. Todo al fin se arreglaba. Dentro de unos días estaría sembrando y después de la siega marchándose a su patria. ¡A los dos años de venir! ¡Un año antes de lo que, como plazo mínimo, se había propuesto! ¡Oh, su gratitud hacia el bello socio sería eterna! Pero esta idea le detuvo, traspasado de espanto. ¿Cómo desli-

garse ya? ¿Cómo pagarle su generoso auxilio con una infamia?

Ella no tenía tanto dinero y debió conseguirlo con alguno de aquellos arranques que tan extraña la hacían y tanto la perjudicaron a veces. Por librar de la cárcel a quien ya sabía que nada le importaba no vaciló en exponerse a los juicios malévolos de un hombre hacia el cual comenzaba a sentirse atraída. En Italia, en Roma, durante el viaje por Europa que realizó años antes con su padre, vió a un hombre casi dormido, de pie, apoyado a una columna. Era un artista seguramente, un luchador que, lejano todavía de la gloria, tropezaba con las crueldades de la vida. Comprendió que no había comido, que carecía de casa donde dormir. El

sombrero acababa de caérsele a los pies y no tuvo fuerza para levantarlo.

Alguien que pasaba, sin reflexionar en quién fuese, juzgando tan sólo por el aspecto tan triste, arrojó, displicente, una moneda en el sombrero. Estela vió enrojecer de vergüenza la cara demacrada del artista, una lumbré de protesta y de revuelta asomar a sus ojos. Pero la tiranía del hambre, el deseo de marchar en busca del blando lecho, pudieron más. Al desgraciado debió ocurrírsele una idea. Y subiéndose el cuello de la rota zamarra, escondiéndose así, se dispuso a aceptar las nuevas limosnas que le salvaran aquel día. Nadie, sin embargo, repitió la acción de la persona generosa. La gente pasaba sin conmovérsele, sin reparar siquiera en el sombrero caído. Y Estela, detenida a distancia; Estela, que hubiera vaciado en el sombrero su bolsillo, no llevaba una lira, no tenía una alhaja de que poder desprenderse. Entonces





a ella también se le ocurrió una idea, una idea brusca, que le hizo vibrar toda. Levantó del suelo el chambergo raído, en cuyo fondo estaba la moneda, y lo extendió ante los transeúntes.

—Para aquel pobre.

Todos la miraban sorprendidos y todos entregaban monedas de plata. Hubo uno que sacó un billete.

—Sólo que a cambio de un beso.

Y se lo dió. ¡Qué le importaba! Pero la escena había tenido testigos que la conocían, unos argentinos, incapaces de comprender su acción, y que la censuraron luego en su país. Tampoco comprendieron que el artista, al recibir el chambergo con aquel tesoro, se subiese más aún el cuello de la zamarra, esquivando los ojos que le miraban, escondiendo en lo posible el espectáculo de sus lágrimas y su vergüenza... Estos recuerdos, estas confidencias, se agolpaban ahora en la imaginación de Daniel. Dios supiese a qué recursos había apelado para ayudarle en su obra. Desgraciadamente, no la guiaban los mismos sentimientos de entonces, sólo hechos de generosidad y compasión. Nada sabía la pobre respecto a sus ansias de levantar el vuelo hacia la tierra natal, y para ella aquel deseo de fortuna tenía una explicación únicamente: la de poder pedirle pronto a su padre, sin avergonzarse, sin que nadie le pudiese creer tan sólo un buscador de doles, su mano bella. Era eso lo que la hacía tomar tan activa parte en sus afanes hasta ponerlo en el camino del triunfo...

¿Y cómo desengañarla más tarde si aceptaba su

dinero, aquel dinero conseguido a costa de sacrificios tales? ¿Cómo reconquistar su libertad si el proyecto fracasaba y el dinero se perdía? ¿Y cómo, sobre todo, el aceptarlo teniendo en ei pensamiento, fija y constante, la idea de marchar para unirse con otra? En su indecisión, pensó pedir consejo. Pero ¿a quién? El amigo con el cual se franquease volvería a decirle que era español y a recomendarle que fuese un español como los de la conquista, incapaz de olvidarse de la amada española, pero muy dispuesto a aprovecharse del amor y los favores de la india... Y esta idea, que al conocerla por primera vez le pareció odiosa, la rechazó entonces indignado. No; no aceptaba el dinero de la muchacha. Era la única actitud digna y noble. Se lo devolvería, aunque así terminasen sus relaciones. ¡Mejor! Libre de compromisos con ella, podía dedicar todos sus minutos a la busca de un socio verdadero.

Por ir el tiempo muy bonancible volvían a verse en el parque, y allí acudió Daniel al día siguiente llevando el dinero en el bolsillo. Pero Estela estaba tan contenta con la idea de facilitarle la realización de su sueño, de hacerle dichoso, que no tuvo valor para quitarle de pronto aquella alegría. Pasearon hablando de las cosas de siempre; juntos y a pie emprendieron, a la caída de la tarde, el camino del centro. En un establecimiento aún de las afueras entraron a tomar el te. No había allí nadie que la conociese, y la muchacha, feliz como nunca, le hablaba acariciándole los cabellos y besándole, con escándalo de los mozos, de las chicas de la orquesta, suspendidas en su jaula sobre el mostrador. Aún no era noche cuando salieron y, lejos el sitio adonde Estela se dirigía, Daniel meditó:

—Todavía puedo hablarle.

En aquel instante un carro arrastrado por un burro se detuvo delante de ellos.

Iba cargado hasta lo increíble. La calle se empinaba un poco, y al burro le bastó verla para comprender que no la subía. El carretero entonces se puso a golpearlo, blasfemando, enfureciéndose cada vez más. El burro no se movía. Se contentaba con aguantar resignadamente los palos y mirar al hombre, como diciéndole:

—Inútil. No son palos lo que yo necesito. Es otro burro que me ayude.

El carretero rompió la vara sobre los lomos de la pobre bestia y empezaba a darle patadas cuando Estela corrió furiosa.

—¡No se trata así a los animales!

Con torva sonrisa, con una sonrisa que, de comprenderla, hubiera helado las carnes del animal, el

carrero le dijo que era suyo y podía hacer con él cuanto le diese la gana.

—¡Pero no pegarle de esa manera!

—¿Que no?

Y para demostrarle cuán equivocada estaba, le pegó en las ancas con sus terribles zapatones herrados, le clavaba en la barriga la punta de la vara rota, le daba puñetazos en los bellos. Daniel se disponía a intervenir, no menos indignado que Estela; pero la muchacha debió considerarlo peligroso para la desgraciada bestia. Le apartó entonces con energía increíble y, encendida de cólera, sujetó por la manga al carretero.

—Oiga, animal, ¿cuánto quiere por el burro, que se lo compro?

Y lo compró, pagándolo allí mismo. Un changador, testigo risueño del espectáculo, se lo llevó a casa. Enternecido Daniel, no quiso terminar la tarde hablándole de la cosa terrible que todo el día había estado escaldándole el pensamiento. No podía premiarle su santa acción con algo que realmente consideraba un crimen. Aquella mujer en el fondo era buena. Pero ya solo, marchando hacia su casa, pensó que esto mismo le empujaba a no seguir engañándola por más tiempo. Y una ilusión vino a acariciarle bruscamente. ¡Si le hablase claro! ¡Si la enterase de las verdaderas luchas de su corazón! ¡Si le dijese que le llevó hacia ella la cáscara equivoca de su carácter y la ilusión torpe de conseguir bondades de cierta índole! ¡Si le pidiese perdón sinceramente y la condujese de este modo a la felicidad que él no podía darle! Él tenía otra mujer en el alma y para esa únicamente vivía. ¿Por qué no le dejaba en libertad? ¿Qué podía importarle a ella, codiciada por tantos hombres, un amor sin ilusión y sin alegría? Estela le perdonaba; estaba seguro. Y acaso algo más. Acaso, compadecida de aquella pobre muchacha que le esperaba y no tenía otro bien en el mundo, se negase a admitir la devolución del dinero y siguiese ayudándole bondadosa. Él entonces quedaría redimido de angustias y dispondría de todo su tiempo para dirigir los trabajos, para vigilar la mies, para preparar la vuelta radiante y segura a la patria. Se decidió. Tan pronto la viese le hablaría.

Estela estuvo casi una semana fuera, en Montevideo, y al llegar le escribió invitándole para el teatro. Entró en el palco nervioso, un tanto pálido, con la vaga inquietud de quien se prepara fríamente a una mala acción. Tal vez porque iba a perderla le pareció bella como nunca. La vestían sedas no tan suaves seguramente como la seda de sus cabellos y la seda de su piel; la adornaban brillantes que no brillaban tanto como sus dientes, esmeral-

das menos hermosas que las esmeraldas magníficas de sus ojos. Durante algún tiempo Daniel sólo tuvo alma para la contemplación de toda aquella belleza.

En el primer entreacto no pudo hablarle apenas. Vino gente a saludarla, la vió reír tan descuidada y tan alegre que pensó aplazar la confesión terrible. En el otro entreacto reconoció a cierto joven, muy interesado la tarde de la excursión a la estancia por una de las rosas de Estela. Y se mordió los labios al ver el afecto con que la saludaba aquel hombre y añadía luego lleno de amabilidad y confianza:

—¡Cómo me embromaste, che!

Algunos sonrieron al lance así recordado. Los que nada sabían, preguntaron, y la muchacha contó el episodio del burro. Al llegar a la inspiración de comprarlo, todos admiraron la gran idea. Hasta de los palcos vecinos aplaudieron la buena obra. Pero la historia no terminaba allí. Según decía el joven de la estancia, aquella era la parte sentimental, seráfica. Faltaba la otra. Una señora del palco inmediato preguntó con cariño:

—¿Pero tiene otra?

—Tiene una parte mundana, elegante, admirable—explicó un joven del mismo palco, también por lo visto en el secreto.

Y era que a Estela, ya dueña del burro, se le presentaba una dificultad terrible. No podía darle suelta cual si se tratase de un pajarillo. No podía lle-



varlo por las calles como a un perro ni tenerlo en casa como a un gato...

—¿Y entonces?

Entonces le escribió a Marzal, dueño de una de las mejores caballerizas del país: «He comprado un caballo de carreras, y como no sé dónde guardarlo te agradeceré que mandes por él.»

Se alzaron risas al imaginarse aquella gente el asombro de Marzal, curioso por ver el caballo de Estela y encontrándose con un burro. Marzal, con una risa doble, de persona franca, decía contento:

—¡Me embromó lindo!

La señora del palco inmediato le preguntó, muy risueña, qué había hecho del burro.

—Recomendado por Estela, ¿qué quería que hiciese? Allá está, de amo de la caballeriza, comiendo a todas horas. Hay burros de suerte.

Las risas se alzaron nuevamente escandalizando el teatro. Y Estela, vuestro el rostro hacia Marzal, terminó envolviéndole en una mirada llena de ternura:

—Ya lo sabía, che. Por eso te lo he confiado.

A Daniel no le pasó inadvertido un lento suspiro de Marzal al oír esto ni la mirada de Estela. Pocas veces después de la doma había visto a la muchacha entre las gentes de su mundo, entre aquellos mozos del país que con tal y tan afectuosa confianza la trataban. A Marzal parecía haberla ligado una amistad muy honda, tal vez muy íntima, que, rota por cualquier motivo, un pretexto cualquiera haría fácilmente desarrollarse vivaz y lozana. Durante el resto de la noche Estela apenas habló con él. Todas sus frases, todas sus atenciones, eran para aquel otro individuo. Levantado el telón, casi a obscuras la sala, cuchicheaban riéndose. Daniel estuvo muy callado, muy hosco, sintiendo en la penumbra del palco la palidez que lo cubría. Y luego, en el vestíbulo, mientras el padre de la muchacha animaba a Pumariega a acompañarle y Estela aun sonreía desde lejos a Marzal, resolvió tembloroso:

—Decididamente, hoy se acaba esto. Después de todo, el disgusto no será muy grande.

XI

Ya en la puerta del teatro, bajo la luz de los focos que iluminaban espléndidamente la plaza, Estela tuvo unas frases para la dulzura de la noche, y Daniel indicó:

—¿Por qué no vamos a pie? Díselo a tu padre. Necesito hablarte.

—¡Ah, sí!

Convenció a Iturbe fácilmente, y los dos jóvenes se adelantaron.

—A ver que querés decirme con tanto misterio.

Daniel aun vaciló. Una sonrisa prometidora de mil cosas divinas animaba el rostro de la muchacha, quien añadió alegremente:

—¿Me vas a retar? ¿Tenés celos?

Daniel sintió vehementes impulsos de increparla, de preguntarle si lo deseaba, pero consiguió dominarse.

—Es otra cosa. Es que lo he pensado mucho y no puedo aceptar tu dinero.

—¿Por qué?

—Porque estas relaciones deben acabarse ahora mismo.

Estela se detuvo mirándole asombrada, preguntándole nuevamente con los ojos: «¿por qué?». Daniel, al recuerdo de la escena del palco, prosiguió exaltándose:

—Te conozco, y no pueden durar mucho. Más vale que se acaben ahora. Después podría costarme muy caro...

—¿Ves cómo son celos? Pues dejate de macanas, che...

Pero un recuerdo ingrato acudió a su memoria en llamarada brusca. Silenciosa algún tiempo, se encaró con él, sobresaltada:

—No es la primera vez que me hablás de esto, de que rompamos. Decí la verdad, ¿lo deseás vos? ¿No me querés? ¿Temés comprometerme demasiado? ¡La verdad!

Él comprendió que una verdad semejante no tendría valor para ofrecérsela. Todo, en su juicio, podía decirse a una mujer, menos que no ha sabido inspirarnos amor, someternos al influjo de su hermosura. Balbuceó que la quería mucho, inmensamente, y añadió con palabra aun más torpe:

—Así y todo es mejor que esto se acabe.

—Bien, entonces. Pero dirás por qué...

—Me has pedido la verdad, pues la verdad. No debo engañarte por más tiempo. Nosotros no podemos casarnos...

La vió palidecer de tal manera, vió agrandársele los ojos con tal y tan dolorosa expresión de sorpresa, que endulzó repentinamente su frase:

—¡Soy tan pobre! ¡Estoy todavía tan lejos de todo!

—Mi padre tiene para los dos.

—Pero eso no lo aceptaré nunca.

—Vos ganarás entonces. ¿No tenías tanta fe en vos mismo?

Y rompió a reír con una risa irónica, seca. ¿Era

(Continuará.)